



Páramo de Chingaza

Chingaza contado por su gente

Historias de vida compiladas por sabedores locales del Parque Natural Nacional Chingaza



Comunidades de los Páramos

Fortaleciendo las capacidades y la coordinación para la adaptación a los efectos del cambio climático





Comunidades
de los Páramos

Chingaza contado por su gente

Parque Nacional Natural Chingaza

Entrevistadores

Alirio García
Ángel Ramiro Pulido
Camilo Castellanos
Daniela Gómez Velasco
Heser Duván Rodríguez
Iriz Lilibeth Forigua
Javier Santiago Raigozo
Luz Amparo Lema
Manuela Cano Burgos
Martha Liliana Sarmiento
Mireya Carreño Leal
Oscar Gabriel Raigozo
Raquel Fajardo Acosta
Urias Rodrigo Alferez

Entrevistados

Alirio García Hortúa
Avelino Pedraza
Eduardo Niño
Elías Raigozo Pulido
Elizabeth Molanos
Eurípides Medina
Eva María Pulido
Isaías Bonilla
José Falconides Guzmán
Luis Alberto Espino
Luis Jaime Alméciga
Luis Vicente Pulido
María Blanca Montaña
María del Carmen Acosta
María Sacramento Pulido
Raúl Alferez
Urias Rodrigo Alferez
Victor Julio Raigozo
Wilmer Bejarano

Fotografías

Alirio García
Ángel Ramiro Pulido
Daniela Gómez Velasco
Elkin Pedraza
Francisco Nieto
Heser Duván Rodríguez
Javier Santiago Raigozo
Luis Guillermo Linares
Luz Amparo Lema
Manuela Cano Burgos
Martha Liliana Sarmiento
Mateo Jaimes
Archivo Fotográfico
PNN Chingaza

Mapas

Mapa 1. Parque Nacional
Natural Chingaza

Mapa 2. Lugares
mencionados en las
historias de vida

Comunidades de los Páramos, fortaleciendo las capacidades y la coordinación para la adaptación a los efectos del cambio climático

Marcos Cerra

**Coordinador de proyecto regional
UICN Sur, Quito, Ecuador**

Tropenbos Internacional Colombia

Carlos A. Rodríguez

Director de programa

Diana Lucía Duque Marín

Coordinadora del proyecto

Catalina Vargas Tovar

Asesora de comunicaciones

Equipo de acompañamiento TBI Colombia

María Clara van der Hammen
Catalina Vargas Tovar
Adriana Vásquez

Parque Nacional Natural Chingaza

Jefe Área Protegida

Robinson Galindo Tarazona

Programa Comunicación y Educación Ambiental

Manuela Cano Burgos
Martha Liliana Sarmiento García

Agradecimientos especiales

Paulina Castro Lalinde
Jefe área protegida 2010-2014
Luz Amparo Lema
Ingrit Daniela Pineda
Equipo PNN Chingaza 2013 -2014

Coordinación editorial

Catalina Vargas Tovar

Asistente editorial

Vanessa Villegas Solórzano

Diseño y diagramación

Machete

Corrección de estilo

María del Pilar Hernández

Impresión

Torreblanca Agencia Gráfica
Bogotá D.C., 2015

Citación sugerida

AAVV. (2015) Chingaza contado por su gente. Proyecto Comunidades de los Páramos, fortaleciendo las capacidades y la coordinación para la adaptación a los efectos del cambio climático. Bogotá: Tropenbos Internacional Colombia & UICN Sur.

ISBN 978-958-9365-89-2

El Proyecto regional Comunidades de los páramos es ejecutado por la Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (UICN, Oficina Regional para América del Sur) e implementada, a nivel nacional, por las siguientes organizaciones: Tropenbos Internacional Colombia, Instituto de Investigación de Recursos Biológicos Alexander von Humboldt, en Colombia, Corporación Grupo Randí Randí y Ecopar, en Ecuador, e Instituto de Montaña, en Perú. Esta iniciativa se lleva a cabo con el financiamiento del Ministerio de Asuntos Exteriores de Finlandia.

Chingaza
contado por
su gente

Tabla de contenido

6

La voz local de un territorio históricamente construido (por María Clara van der Hammen)

12

Reconstrucción de la memoria social en Chingaza (por Robinson Galindo Tarazona)

16

Historia de vida:
Raúl Alférez y Elizabeth Molanos

22

Historias de vida:
Luis Vicente Pulido y
María Sacramento Pulido

32

Historia de vida:
María del Carmen Acosta

40

Historia de vida:
Elías Raigozo Pulido

46

Historia de vida:
Wilmer Bejarano

52

Historia de vida: Víctor
Julio Raigozo

62

Historia de vida: Urías
Rodrigo Alférez Molanos

70

Historia de vida:
María Blanca Montañó

80

Historia de vida:
Isaías Pulido

86

Historia de vida: Eurípides
Medina

92

Historia de vida:
Eva María Pulido

98

Historia de vida: Avelino
Pedraza

108

Historia de vida:
Luis Jaime Alméciga

118

Historia de vida: Eduardo
Niño Cuervo

128

Historia de vida:
Luis Alberto Espino

146

Historia de vida:
Alirio García Hortúa

A green-tinted photograph of a rural landscape. In the foreground, a white sheep stands on a grassy slope, looking towards the camera. The background is filled with dense, lush green vegetation, including trees and bushes. The overall scene is peaceful and natural.

La voz local de un territorio históricamente construido

Chingaza, lejos de ser un paisaje prístino, es el resultado de la acción de generaciones de pobladores. Huellas físicas en el ambiente nos dan indicios de los diversos usos y significados que tuvo este espacio para sus habitantes. Vestigios arqueológicos de lugares de asentamiento y algunas pinturas rupestres son señal de una ocupación ancestral. Ruinas y construcciones de haciendas, caminos reales, que aún perduran, incluso la capilla de Siecha, son una muestra de ocupaciones de otras épocas; igualmente, una que otra chimenea para quemar la cal o las instalaciones de la fábrica

de cemento y canteras dejan ver que este territorio ha tenido un uso intensivo. Todavía hoy son varios los caminos de arrieros que cruzan el área del Parque Nacional Natural y que dan cuenta de intercambios y conexiones entre las distintas poblaciones vecinas. Intervenciones más recientes para asegurar el agua de Bogotá, como la construcción de la represa de Chuza, las obras para lograr el trasvase de aguas del Guatiquía hacia la vertiente occidental, los túneles para llevar el líquido y las carreteras para asegurar el mantenimiento son ahora elementos importantes del paisaje.

Cada época conlleva una relación particular con los recursos de este páramo. Se destacan temporadas de bonanza en maderas para construcción y para leña, el comercio de la sal como bienpreciado, pero también el uso de las tierras para los distintos cultivos: la variedad de tubérculos andinos, maíces y frijoles, o los cereales traídos por los españoles, como el trigo y la cebada, la papa como cultivo comercial y hasta árboles foráneos como eucaliptos, pinos y acacias, producto de programas estatales de reforestación. Sus bosques fueron espacios importantes para

la cacería y sus fuentes de agua, lugares apreciados para la pesca; en las selvas hacia el oriente se sacó durante un tiempo la quina, y los pastos del páramo sirvieron para techar así como para pastar a los ganados ovino y bovino. El agua, como elemento vital, ha cobrado cada vez más importancia en la medida que ha crecido la población y desde que es llevada hasta Bogotá.

Estas interacciones han dado lugar no solo a la transformación del paisaje sino a la construcción de diversos significados en torno al páramo y sus elementos, que se asocian de manera directa con

las experiencias y percepciones pasadas y presentes de quienes han estado relacionados con el mismo. Algunas de estas valoraciones son las lagunas como sitios sagrados por parte de los muiscas, el páramo como lugar inhóspito y frío de acuerdo con los españoles, el lugar de refugio durante la Guerra de los Mil Días para muchos campesinos, el lugar de la esperanza para los colonos, los espacios comunes de uso comunal o los espacios de la vida y la magnificencia de la naturaleza, para quienes se encuentran relacionados con la conservación.

El presente texto constituye una muestra de cómo Chingaza está ligado a la vida de las personas que lo habitan y trabajan. Se trata de una colección de fragmentos de historias de vida de personas muy diversas, provenientes de los distintos municipios que tienen jurisdicción en Parque. Por medio de sus relatos podemos acceder a los afectos, los sentimientos, los recuerdos de las labores propias del lugar, las relaciones sociales y la solidaridad que conlleva el vivir y laborar estas tierras, relaciones inicialmente asociadas a los usos productivos del territorio y hoy en día más

centrados en la conservación. En otras palabras, nos muestran una identidad construida desde múltiples vivencias.

Las historias de vida de las cuales se tomaron estos fragmentos fueron recopiladas por funcionarios del Parque Nacional Natural Chingaza, muchos de ellos pertenecientes a los municipios que tienen jurisdicción en el parque, quienes entrevistaron a sus padres, a sus vecinos y personas cercanas a ellos. En algunos casos, también se recopilaron las historias de vida de los mismos funcionarios que en algunos casos llevan más de veinte años vinculados al Parque,

tienen memoria de las acciones de conservación y, sin duda, son las personas que en la actualidad mejor conocen este territorio.

Las historias que se encuentran a continuación fueron recopiladas como parte de un proceso de formación a estos funcionarios locales que se desarrolló durante el 2013-2014 en el marco del proyecto Comunidades de páramo implementado por Tropenbos Internacional Colombia. Esta formación buscaba fortalecer sus habilidades y ofrecer instrumentos para la interacción con sus comunidades para involucrarlas en

el buen manejo y la conservación de la naturaleza. Los contenidos de esta formación fueron diseñados entre el equipo de Tropenbos Internacional Colombia y la jefe del Parque de ese entonces, Paulina Castro, en compañía de Luz Amparo Lema, la coordinadora del programa sociocultural. En los talleres participaron Hernando Castro e Iris Andoque, indígenas de la región de Aracuaera e investigadores locales asociados a Tropenbos Internacional Colombia, Francisco Nieto quien se encargó del componente de fotografía, Adriana Vásquez, Carlos Rodríguez y Catalina

Vargas quienes acompañaron algunos de los talleres. Se hicieron ejercicios con herramientas de diagnóstico participativo y se exploraron herramientas para la comunicación como la escritura creativa, el dibujo y la fotografía. El proceso de recopilación de historias de vida, uno de los instrumentos de investigación que se trabajó, implicó un acercamiento a las personas elegidas, una serie de conversaciones iniciales y de preparación y el registro escrito o grabación de las entrevistas y su posterior transcripción. Finalmente, se hizo un ejercicio de selección

de apartados que mostraran las distintas formas de establecer la relación entre sociedad y naturaleza.

Se puede decir que este esfuerzo permite la visibilización y reconocimiento de la relación tan fuerte de la población con su terruño. Se considera un gesto importante para el conjunto de vecinos, pero también para que los visitantes de este Parque Nacional Natural comprendan que este paisaje que observan ha sido construido por generaciones de pobladores. Su conservación implica ante todo un sacrificio importante para las personas que hacían un

uso productivo de estos espacios y que hoy en día están dedicados a su protección.

La creación del área protegida significó para los pobladores locales una ruptura fuerte con el territorio. Recordar las vivencias y compartir las experiencias permite reconstruir los valores asociados al territorio y mediar entre estos recuerdos y la vida en el páramo y las selvas altoandinas a partir de nuevos valores relacionados con el cuidado del medio ambiente y la sostenibilidad ambiental. Se espera que este tipo de espacios de investigación local y de activación

de la memoria, generados con los funcionarios, se pueda extender a toda una apuesta social de la conservación en la que el Sistema Nacional de Áreas Protegidas se comprometa.

María Clara van der Hammen

*Coordinadora de la formación a
sabedores locales
Tropenbos Internacional Colombia*

Reconstrucción de la memoria social en Chingaza

El Parque Nacional Natural (PNN) Chingaza, que en lengua muisca significa ‘Serranía del dios de la noche’, con sus 76.600 hectáreas, fue creado en 1977 con el objetivo de conservar los ecosistemas de páramo, bosque altoandino y humedal presentes en los municipios de Fómeque, Choachí, La Calera, Guasca, Junín, Gachalá y Medina en Cundinamarca; y San Juanito, El Calvario, Restrepo y Cumaral en Meta.

Este Parque presta servicios ecosistémicos importantes como

la provisión de agua a más de diez millones de personas en Bogotá y municipios aledaños, el contacto con la diversidad biológica y cultural por medio del ecoturismo, la educación ambiental en la región y la investigación y el monitoreo.

El área protegida sirve de refugio para especies como el puma, el cóndor de Los Andes, el oso andino, los frailejones, el cedro y las demás maravillas naturales. Igualmente todavía contiene huellas culturales, legado de los antepasados que

habitaron este territorio, como las culturas prehispánicas, muiscas, guayupes y los campesinos altoandinos. En la actualidad, estos últimos, aunque ya no habitan dentro del Parque, su memoria y espíritu son patrimonio inmaterial de estos ecosistemas.

La reconstrucción de la memoria social en Chingaza tiene como objetivo recopilar las historias de los mayores de cara a la pérdida paulatina de las tradiciones (en desaparición debido a hibridaciones

culturales) y para devolverle al territorio el sentido de identidad y a sus habitantes la posibilidad de vivir en un lugar en equilibrio con su entorno, con prácticas relacionadas con la conservación y con el reconocimiento de lo que significa la cultura campesina.

Chingaza se ha caracterizado por su trabajo de corte biológico; ahora es también el momento de explorar mejor los capitales sociales que también inciden en la conservación. Por esto, resulta

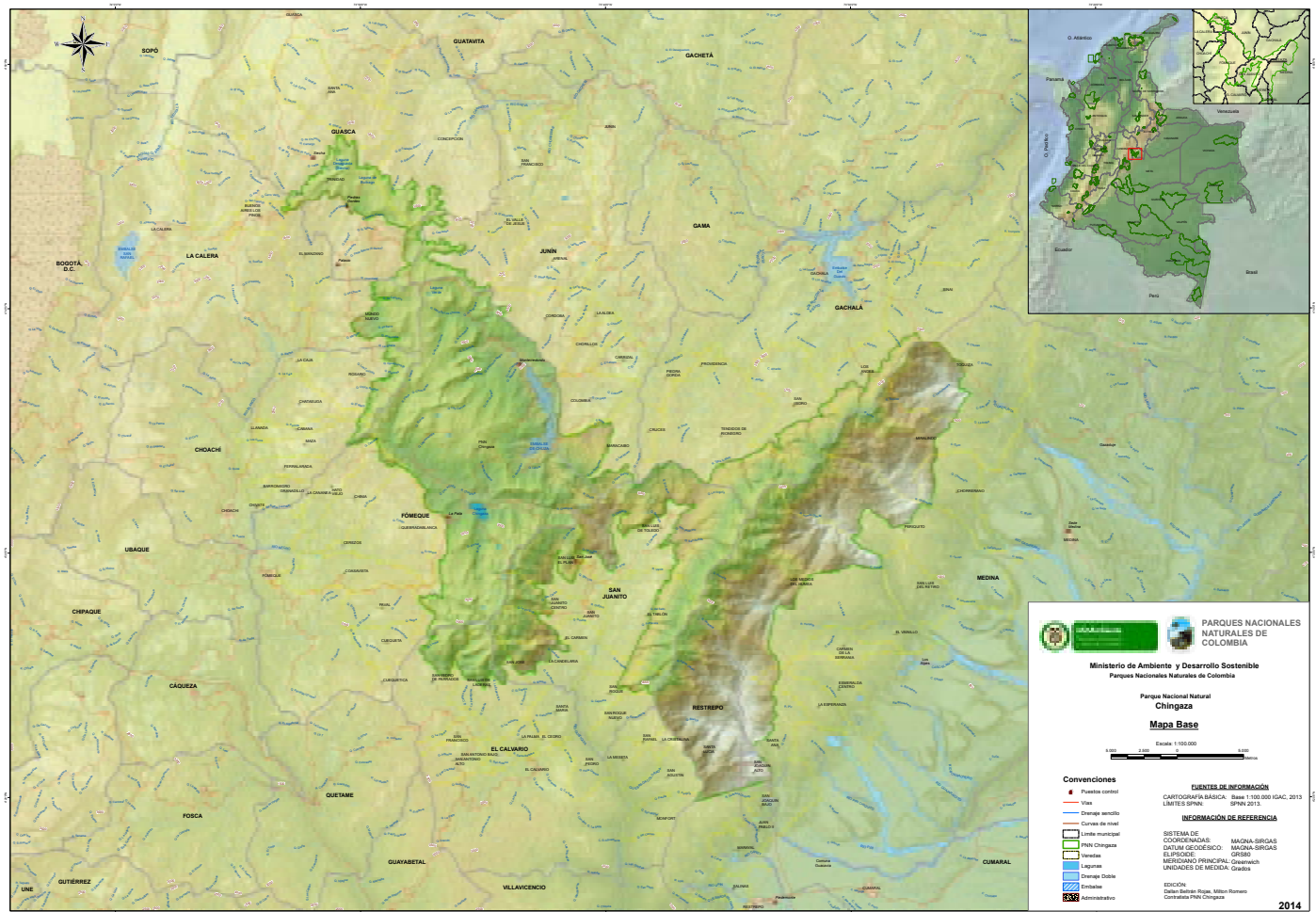
relevante el proceso desarrollado con el proyecto Comunidades de los páramos, que ha propiciado que los guardaparques, o sabedores locales, algunos de ellos provenientes de los municipios, trabajen en el rescate de la memoria de este lugar.

Muchos de ellos fueron formados en herramientas de investigación-acción participativa y entrevistaron a familiares, vecinos y personas mayores que tenían historias para contar sobre su entorno. A partir de objetos significativos que permitieran

despertar la memoria personal, se abrieron puertas a las historias que conforman esta colección y que esperamos sirvan para conocer más a fondo el tejido social del Parque Nacional Natural Chingaza.

En «Chingaza contado por su gente» encontrará diferentes historias que reflejarán la nobleza de las personas que viven en las montañas y páramos colombianos. Esperamos que las disfrute.

Robinson Galindo Tarazona
Jefe del área protegida



Mapa 1. Parque Nacional Natural Chingaza

Historia de vida: Raúl Alfárez y Elizabeth Molanos

Entrevistador: Urías Rodrigo Alfárez Molanos

Lugar: vereda San Francisco, municipio El Calvario, Meta

Poblamiento de El Calvario

Pues el caserío se principió a fundar unas casas, unas pocas casas de armadura de bareque, unas con techo de paja y otras con techo de astilla y ahí se principió a fundar el pueblito.

Nos contaba mi papá que habían entrado del lado de Quetame por unas picas, no eran caminos sino unas picas, así entraron los primeros y ahí se principiaron a

fundar. Cada cual llegó y cogió... como esto eran tierras baldías, cada cual llegó y cogió un pedazo de tierra y se fundó ahí, vinieron enchocolando y derribando, sembrando pastos y sementeras.

La gente que vino acá todo lo más de Fómeque, Quetame, Fibrote, todo lo más, no hemos tenido de Cundinamarca, los primeros que entraron, entraron de esos lados.

La primera bonanza de la quina

La quina después, eso fue un pedido, ese pedido según contaban los mayores era un pedido de Estados Unidos y entonces se crió comercio; aquí se recolectaba, se les vendía a los negociantes y ellos las trasladaban a Quetame, y ahí la vendían. Cuando hubo el pedido de la quina ya estaba situado o había varios habitando aquí. Hubo ese pedido entonces eso fue un comercio bonito de lo que entonces pidieron. La gente venía a llevar la quina, la cáscara de la quina, se la vendían a los que la transportaban a los otros pueblos, a Quetame todo lo más y ahí venían a recibirla a Quetame y si...

Un día los niños, otros día las niñas

La escuela en ese tiempo, en ese tiempo sí era bonito, era tercerano, un día los niños, otro día las niñas, no recibían de ambos sexos, era un día niño, otro día niñas, tercerano... era tercerano. Y enseguida por ahí como en la época mía por ahí a los... estaba cursando por ahí el tercero de primaria entonces ya recibieron ambas, niños y niñas, pero entonces ya soltaban primero los unos y a la media hora soltaban los otros, y al otro día que no fueran a contar que se habían encontrado por el camino, eso era castigado. Eso el castigo era con rejo, eso no era contemplándolos o ponían una puñada de maíz en el suelo y lo arrodillaban a uno encima y era media hora.

A pie limpio

Se usaban zapatos de caucho o alpargatas. Lo que llamaban cotizas. Todo lo más era a pie limpio.

La fiesta religiosa era la fiesta religiosa

Había mucha fiesta religiosa porque celebraban la fiesta del Carmen, las de Navidad, de año nuevo. Cuando eso, sí celebraban San Juan y San Pedro, después fue que quitaron esas fiestas porque lo que eran San Juan y San Pedro eran fiestas paganas, eran rumbas, entonces ya los curas, cuando eso, sí le hacían caso a los curas, fiestas mundanas, no. Ahora un sacerdote cuando eso no decía: «vamos a hacer una fiesta y vamos a hacer parrando». La fiesta religiosa era la fiesta religiosa.

Mano vuelta

Prácticamente así porque como no había plata, sistema de trabajo era mano vueltas, uno iba a ayudarlo al vecino y el vecino al otro día iba y le ayudaba a uno, enseguida se formó una mutua, una mutua que ya iban 15 personas, entonces trabajo que hubiera de una lo programaban para hacerlo todo en un día. Mutua o mano de vuelta, la misma minga. Entonces una semana se va uno a ayudarlo a uno y la otra semana a otro y así, una minga.

Paisaje

Estos paisajes son los que cada amanecer y anochecer ven Raúl Alférez y Elizabeth Molanos. Estos potreros cercados por montañas son la fuente principal de vida para los cultivos y la ganadería, sustento económico principal de esta familia.





The background is a green-tinted photograph of a rural landscape. In the foreground, a cow is visible on the right side, looking towards the camera. The middle ground shows a dirt path or road winding through a field of tall grass. The background is a hilly, grassy area under a bright sky. The overall tone is peaceful and natural.

Historias de vida: Luis Vicente Pulido y María Sacramento Pulido

Entrevistador: Ramiro Pulido

Lugar: vereda La Caja, municipio de Choachí, Cundinamarca



Los novios puestos a prueba

Para lograr conquistar a mamá, papá tuvo que trabajar duramente en las desyerbas de maíz y convites de madera, donde debía demostrar que sí podía mantener a una mujer. Cuando había estos eventos, eran muy especiales, porque la novia era la que le llevaba la comida al tajo al novio y de paso lo miraba trabajar, esto hacía que el novio tuviera que esforzarse el doble y más cuando la novia lo estaba mirando.

Los trabajadores que en su particularidad eran abuelos, compadres o tíos, en sí eran una familia, entonces ellos se ponían de acuerdo para hacer trabajar más al

novio y poderlo molestar delante de la novia. Le hacían varias chanzas durante el trabajo, le escondían el azadón, le echaban tierra en los pies y no le ofrecían guarapo para ver cómo actuaba el novio. Tampoco lo integraban en las charlas de ellos, por nada del mundo debía dejarse rayar surcos.¹ Después del almuerzo y de pasar las pruebas el suegro lo invitaba a tomar chirrinche y guarapo junto con él. Era un buen momento porque lo estaba aceptando. Después de tomar con el suegro y no hacer un surco más, él invitaba a los demás para integrarlo al grupo de ellos y compartir.

1 Rayar surco: es marcar por donde se va a sembrar el maíz o papa.

Amasijos de leña en los noviazgos

Lo mejor era la comida porque siempre se realizaban amasijos en el horno de leña, el cual se tapaba con ramas de chilco para que les diera un sabor y olor exquisitos; a cada obrero se le entregaba una rosca grande, dos medianas y cinco pequeñas las cuales eran hechas de maíz pelado y con mucha cuajada para que les diera una mejor textura. En la tarde, cuando la novia se enteraba de que el novio había logrado pasar todas las pruebas y había tomado con el padre, ella le llevaba la comida al novio, al fondo del canasto había hojas de platanilla donde había escritos de amor y poesías y también citas para saber dónde se podían encontrar.

El cuidado de los nacimientos de agua

Para los abuelos los nacimientos de agua eran un punto de referencia para hacer una casa cerca; a ellos se les daba un tratamiento especial: primero se realizaba un mana² grande que se debía cubrir con piedra en forma de horno para que se mantuviera limpia y fuera del alcance de los animales; no se debía colocar manguera directa al pozo porque se creía que el agua se escondía. Algunas personas acostumbraban a poner un pequeño frasco de agua bendecida que se enterraba cerca de donde brotaba el agua para que esta no se escondiera y abundara mucho tiempo.

2 Aljibe o depósito subterráneo de agua.

A medida que iba creciendo, mi padre me empezaba a dar ciertos alimentos para que no me enfermara y fuera fuerte. Lo primero que me dio fue calostro de vaca para que no sufriera del estómago, después me daba leche de yegua para que no me enfermara de bronquitis. Aparte de esto mi padre nos alimentaba con habas, arveja, maíz tostado, papa, arracacha, cubios, ibias, sopa de dulce con cuajada, mazamorra y cuchuco. Estos fueron mis alimentos durante muchos años y, lo mejor, era que no tenían químicos.

El páramo: un espacio de uso común

A los diez años mi padre me empezó a llevar a trabajar junto con él. Salimos al páramo a llevar ganado o a cultivar. Para esto, alistábamos arepas hechas en laja de piedra por mi madre, que se doraban sobre hojas de platanilla para que les diera un mejor sabor; junto con ello también se llevaba maíz tostado y panela. Alimentábamos bien a los perros para que tuvieran fuerzas de seguir un venado. Salíamos en la tarde para llegar en la noche al rancho donde también se hospedaban muchos vecinos. Para no sentir tanto frío recogíamos hojas secas

de frailejón para poner debajo y luego montar un cuero de chiva para utilizarlo como colchón. A la mañana siguiente salíamos muy temprano para buscar el ganado. Llevábamos al páramo terneros destetados y vacas que no estaban en producción. Este ganado se señalaba para que no se confundiera. Cada familia manejaba una señal en la oreja del animal, todos los días había gente en el páramo, cuando se reunía el ganado en los saleros podían haber hasta doscientos o más. Allí nos encontrábamos con personas de Fómeque, La Calera

y Chuscales, tanto ellos como nosotros nos colaborábamos ya que el ganado permanecía junto con los de ellos y en muchas ocasiones el ganado se enojaba en huecos o chorros profundos, muchos de ellos morían de hambre y frío. Los que se lograban encontrar se sacaban pero esto requería mucho trabajo. Todos los veranos acostumbraban a enviar un muchacho con una caja de fósforos y cartón para que hiciera fuego y hubiera pasto nuevo para el ganado. Después de encontrar el ganado y dejarlo reunido salíamos a trabajar a los cultivos.

Sembrar en el páramo

Todas las familias que tenían ganado también cultivaban en el páramo, para hacer los barbechos se debía primero realizar el descepe, que consistía en arrancar toda la vegetación que se dejaba quince días para que seicara. Para esto utilizábamos un azadón llamado el pachuno, el cual era grueso y pesado. Luego del descepe se apilaba el rastrojo para

luego quemarlo, la ceniza que salía se regaba por el tajo como abono, para después sembrar esto se iniciaba en los primeros de enero y para finales de marzo se terminaba de hacer la siembra. La desyerba se hacía con un azadón más pequeño y liviano llamado currucui. Se acostumbraba a sembrar papa, cubios, ibias y habas.

Entrenamiento de perros cazadores de borugos

Para hacer cacería alimentábamos bien a los perros, luego los cogíamos y dejábamos suelto uno solo, el mejor, para que siguiera el rastro hasta la cueva; cuando el perro ladraba sabíamos que estaba en la cueva y que había borugo, ahí sí soltábamos los otros para que le ayudaran. En muchas ocasiones sacar un borugo se convertía en toda una faena porque la cueva era muy pequeña y debíamos trabajarle para poder entrar el perro y que se enfrentara con el borugo y lo sacara; después de esto lo tomábamos de las patas y lo alzábamos para que los perros lo mordieran y no le

tuvieran miedo. Para cebar un perro debíamos conseguir un borugo vivo lo cual lo obteníamos por trampa o si no, lo sacábamos con cabuya, la colocábamos en una vara y la entrábamos por la cueva para molestar al borugo que la mordía y no la soltaba y así lo sacábamos arrastrando, lo alzábamos con las manos y poníamos al perro para que lo mordiera y así se fuera cebando, pero debíamos antes hacerlo morder de otro perro para que estuviera medio muerto y no fuera a morder al nuevo perro y lo perdiéramos, puesto que en muchas ocasiones los borugos mordían a los perros.

La cacería de oso

Cuando era cacería de oso era muy complicado ya que ellos se trepaban a los árboles. Para poder coger un oso era todo un misterio: debíamos mirar bien dónde sacrificaba a las vacas y buscarles el sitio adonde las llevaban para lavar las presas, que las subían a los árboles. El oso escogía un árbol grande y con mucha copa para poder partirlas y hacer una camareta donde dormía y también le servía para colocar a sus presas. Al lado del árbol se encontraba una mana hecha por él mismo donde lavaba las presas y también le servía para tomar agua. Al darse

cuenta de nuestra presencia el oso empezaba a rugir fuerte y a partir ramas, para que no se escapara, se estaba una persona cerca para que no lo dejara bajar, mientras que los demás iban a las casas a traer más cazadores con escopetas recalzadas para poder atacarlo. Cuando estaban todos cerca le disparaban al tiempo para poder matarlo, claro está que los tiros debían ser doble cero para que tuviera un mejor impacto. Después de muerto se llevaba para comer la carne y obtener la grasa que es muy curativa para las fracturas; además los huesos se

dejaban secar para luego rasparlos y comerse la harina que según los abuelos tenía mucho calcio. En otras ocasiones cuando se encontraba el oso caminando y los perros lo atacaban, él los mataba a todos, a algunos los tomaba y los apretaba contra él para estrangularlos, cuando llegábamos él salía corriendo y se enrollaba para lanzarse por una ladera y era muy difícil alcanzarlo.

Los convites de leña

En la mayoría de las familias se acostumbraba a realizar convites para traer madera del bosque para utilizarla en artesanías y su mayoría para leña. Cuando eran estos eventos mi padre me madrugaba a levantar para que llevara la yunta y les diera pasto para que aguantaran el trajín del día. Nos reuníamos en la casa del convite donde nos encontrábamos con más vecinos, llegábamos a completarnos hasta veinte yuntas, ahí desayunábamos para luego salir al bosque. Lo más importante era lograr encontrar el mejor árbol de cachano o amarillo para hacer la troza y que fuera la

más grande del convite, eso era todo un honor. Ya listas las trozas las amarrábamos a la yunta. Antes de salir con las yuntas tomábamos guarapo y chirrinche para tener fuerzas de gritar a la yunta: lo bueno era eso, que nos escucharan, como el camino es muy complicado había momentos que debíamos ayudar a los demás para poder sacar las trozas, para esto amarrábamos las yuntas haciendo un tren para poder sacar las trozas que eran muy pesadas para las yuntas. Al llegar a la casa nos tenían panes y mantecadas, después de esto se iniciaba la fiesta.

La pila

Le recuerda la historia de los abuelos y cuando ponían a los novios a moler el maíz para los amasijos.



An aerial photograph of a lush green valley. A river flows through the center of the valley, surrounded by dense vegetation. The mountains in the background are also covered in green, with some mist or clouds visible. The overall scene is vibrant and natural.

Historia de vida: María del Carmen Acosta

Entrevistadora: Raquel Fajardo Acosta

Lugar: Monte Redondo, Parque Nacional Natural Chingaza



A trabajar para pagar mi estudio

Su nombre es María del Carmen Acosta, nació en Moniquirá (Boyacá) en la vereda El Granadillo, el 27 de septiembre de 1949. No tuvo la oportunidad de criarse con su mamá, pues, hasta donde sabe, ella no estaba en condiciones de hacerse cargo, por esta razón su crianza estuvo inicialmente en manos de su abuela. Al transcurrir un año y medio su abuela empezó a verse muy enferma y la llevó a la casa de su tía abuela Martha Acosta, que para ella siempre fue como su madre.

Vivió en compañía de sus primos y de los hijos de sus primos con los que la pasaban chévere y hacían pilatunas, también inventaban juegos para no aburrirse.

Ella tenía un interés enorme por aprender a leer y escribir, deseaba que pronto su tía Martha la inscribiera en la escuela de la vereda. Con el tiempo, y preocupada porque su sueño de entrar a estudiar no sucedía, decidió tomar una de las decisiones más importantes de su vida en especial por la corta edad que tenía en ese momento:

Decidí irme de la casa a los 8 años dizque a trabajar para pagar mi estudio porque yo tenía que aprender a leer y escribir, y sin estudio no me iba a quedar. Entonces, empecé a analizar cómo podía escaparme para llegar a la casa de mi tía Anahelina (ella era hermana de mi mamá Martha), sin saber el camino, recordé lo que había escuchado «que vivía del alto para allá». De ahí en adelante tenía que preguntar y eso me pareció fácil, solo tenía que aprovechar el día que mi familia saliera a misa al pueblo o a hacer alguna vuelta.

En busca de sus sueños

Luego de dar tantas vueltas y de contar varios aspectos de su niñez no menos importantes, María del Carmen finalmente cuenta cómo fue el día que decidió irse de su casa a buscar sus sueños:

Un miércoles, como de costumbre (día de mercado en Moniquirá) salieron al pueblo a merchar, mi tía y mi prima... , salí detrás de ellas manteniendo una distancia prudente cosa que no me vieran... , llegamos al alto del Granadillo me senté en una piedra a esperar mientras pensaba a quién le iba a preguntar dónde vivía la señora Anahelina, mi tía; de pronto, vi que venía una señora y me escondí, empecé a seguirla y caminé mucho detrás de ella, pero nada que veía una casa, hasta que me decidí a alcanzarla... , me quedé como tres días con ella y la señora me dijo que no me fuera porque la casa era muy

lejos, que más bien me quedara con ella y le ayudara a cuidar el niño. Me puse a pensar que si me quedaba me ponían a trabajar y hasta ni me pagaban, mucho menos me iban a dar estudio...

Un día decidí seguirla, sin que se diera cuenta, hasta el pueblo. Cuando llegamos al pueblo, dejé que ella entrara y un rato después entré yo... , entré a la iglesia y ahí me escondí todo el día... , a las cinco de la tarde cerraron la iglesia y tuve que salir, me senté en las escaleras de la entrada y cuando empezó a oscurecerse empecé a llorar porque no sabía para dónde coger y al mismo tiempo me entró el arrepentimiento de haberme escapado. Debían ser como las seis de la tarde cuando una parejita de extranjeros y una señora mayor, se bajaron a preguntarme que por qué lloraba y después de un rato me preguntaron que si quería irme con

ellos; les dije que sí muy confiada, me compraron un vestido y unas sandalias muy bonitas en el pueblo; las primeras sandalias que me ponía, porque en el campo lo que le compraban a uno era alpargatas. Después de eso, saliendo del pueblo, en una cascadita, pararon, me bañaron y me pusieron la ropa nueva, de ahí seguimos hasta llegar a Gachantivá.

Las personas con las que me fui eran doña Martha Castillo, una señora soltera de casi 70 años que le había arrendado parte de su casa a una pareja de israelíes que vinieron a vivir a Colombia porque el señor era un ingeniero y lo habían contratado para la fase de exploración de unas minas de cobre en una vereda de Moniquirá, que quedaba en los límites de Gachantivá. De hecho, hoy en día la vereda se llama La Mina, no recuerdo si finalmente encontraron algo ahí.

Cumpliendo el sueño de estudiar

Doña Martha había decidido darle estudio a dos jovencitas hijas de unas señoras que habían trabajado para ella en algún momento y que prácticamente las había adoptado. Ella me consentía mucho y me compraba cosas, pero la mayor responsabilidad de mi cuidado la asumió la pareja de israelíes: ellos me pusieron a estudiar y yo hacía los mandados. Al año se tuvieron que ir a Bogotá y doña Martha me dijo que me quedara con ella, que ella me

daba estudio así como a las otras niñas, y yo le había cogido cariño a la viejita y sentía ganas de quedarme, pero una de las chinas era odiosa conmigo, pues seguramente sentía celos de que la viejita me consintiera, entonces preferí irme con la pareja; claro está, que yo les dije que me iba con ellos si me ponían a estudiar o si no me quedaba con doña Martha y ellos dijeron que sí. Cuando llegamos a Bogotá me buscaron colegio y efectivamente me pusieron a estudiar.

Cuando cumplí quince años, ellos me dijeron que ya debían irse para Israel, por supuesto, me pidieron que me fuera con ellos pero yo no había dejado de pensar en mi familia y en mi papá, además, quería conocer a mi mamá, volver a ver a mi mamá Martha y a mis primos, entonces, si me iba tan lejos tal vez no volvería a verlos.

Haciendo parte de la conservación

La joven Carmen volvió a ver a su familia, cuenta que se reencontró con su papá, luego conoció al que fue su esposo y fue él quien la llevó a conocer a su madre biológica. Luego de casarse tuvo cinco hijos. Pasado el tiempo y al morir el mayor de ellos tuvo la necesidad de salir a trabajar. Una cuñada le habló de trabajar en el Santuario de Fauna y Flora Iguaque, esa fue la primera vez que escuchó que existía y que además había otros parques en todo Colombia. Se le hizo increíble que viviendo tan cerca de Iguaque nunca hubiera escuchado nada al respecto, mucho menos que el Gobierno tuviera áreas protegidas.

Sintió muchas ganas de conocer, porque aún no tenía claro qué clase de parque era, sabía que había animales silvestres y venados porque don José, que fue el señor que buscó a su cuñada para que trabajara allá, le contó varias cosas respecto al área protegida. Como su cuñada no podía ir, el señor le preguntó a María del Carmen si quería trabajar y pues con la escasez de dinero de ella, no lo pensó dos veces y allá se fue. El trabajo consistía en atender el centro de visitantes, su trabajo específicamente era de jefe de cocina. Iguaque se convirtió en su hogar por 16 años: allí recibía a su

familia en las fechas especiales ya que por sus responsabilidades no contaba con el tiempo suficiente para ir a verlos. Decía ella: «como dice el dicho: si la montaña no viene a Mahoma, Mahoma va a la montaña».

Años después Parques dio en concesión a la comunidad el hotel y el restaurante, por tanto tuvo que salir de Iguaque. Allá conoció a una señora que le habló del Parque Chingaza y casualmente un año después de haber salido de Iguaque la llamaron para trabajar en ese hermoso lugar y me contó por qué le pareció hermoso.

Su primer encuentro con el oso en el Parque Chingaza

Mientras que mis compañeros salían con la ilusión de ver el oso en algún momento en sus recorridos de monitoreo y control, yo había perdido toda esperanza de verlo por la limitación que tengo en mi rodilla derecha para hacer caminatas largas. Así que una mañana esperando que llegaran mis compañeros a desayunar, tuve la visita más especial e inesperada que alguien se haya imaginado: levanté la mirada hacia las zonas de *camping* y vi algo negro que se movía, inmediatamente pensé que era un perro, me quedé mirándolo, cuando de repente comenzó a bajar hacia donde yo estaba y me di cuenta de que era un

oso muy grande. Para la idea que me había hecho de cómo eran en realidad, me emocioné bastante y quise llamar a alguien para que lo viera también, pero las personas que dormían en el albergue habían salido muy temprano y los de la casona no habían llegado a desayunar. Imaginé que al contarles no me iban a creer, así que salí al parqueadero para verlo de cerca. El oso se quedó viéndome y luego se alejó, me dirigí hacia la casona para llamar a las personas que duermen allá y contarles la experiencia; como lo imaginé, no me creyeron y salieron a buscar huellas, afortunadamente las encontraron.

Los que han tenido la fortuna de conocer a María del Carmen y probar uno de sus platos saben que cada uno de ellos tiene ese sabor de hogar, ese que donde sea que lo pruebes es tan delicioso como la comida que preparaban las abuelas en su fogón de leña. El Parque Chingaza es famoso por el monitoreo de oso andino, sus lagunas, el agua de Bogotá y por el delicioso ajjaco que las manos de esa mujer trabajadora ponen en la mesa de quienes llegan al albergue de esta área protegida buscando una sopa caliente que por un segundo haga olvidar que se encuentran en este frío pero bello páramo.

La cocina

Elegí este objeto porque desde niña me gustó el arte de cocinar; cuando me casé hice un curso de culinaria en el SENA para aprender la preparación de nuevos platos y por muchos años en mi vida ha sido mi fuente de ingresos.





Historia de vida: Elías Raigozo Pulido

Entrevistador: Camilo Castellanos

Lugar: vereda El Rosario, municipio de Choachí, Cundinamarca



Los niños y el ganado

Nací en la vereda El Rosario, municipio de Choachí. Estudié hasta el quinto de primaria porque no pude más. Mi vida comenzó en la vereda, desde ahí no he salido. Siempre he trabajado en la vereda.

Yo desde los cinco o seis años me dediqué más que todo a buscar el ganado, me pagaban para que les colaborara con buscar el ganado, la gente que tenía ganado me contrataba. Primero subí con mi papá para conocer un poco, después la gente me llamaba a buscar.

Lloraba hasta dos horas porque me perdía, la gente me mandaba: «¡váyase a donde está el ganado y sáquelo al salero!» Pero qué, al ganado le

gustaba entrarse al bosque y lo hacía chillar ahí, porque uno perdido.

Trabajé en una finca ganadera de don José Ignacio Rojas, ordeñando treinta vacas, pero yo era una piturra y eso me hacían chillar esas hijuemadres vacas, porque mi papi se murió muy joven. Duré trabajando 5 años y hasta me robó la liquidación. A los 9 y 10 años terminé la escuela y empecé a trabajar.

En ese tiempo ganaba \$2.000 mensual, yo era contento con ese salario. Y como después de tres años me subió a \$9.000. Yo era contento con esa plata y me alcanzaba. Incluso me tumbó toda la liquidación y no hice nada al respecto.

Estaba trabajando en esa finca y me tocaba madrugar desde las tres de la mañana; me tocaba estar de pie hasta las seis de la tarde. Mi papi trabajaba por días y el patrón le dijo que le trabajara y yo era supremamente juicioso y trabajaba bien.

Pero antes fui a Sasaima, pero la niñez y parte de la juventud lo trabajé en la finca del señor José Ignacio Rojas. Él explotaba la gente y aún lo sigue haciendo, es muy tacaño ese viejo. Tiene mucha plata. Quién sabe de dónde saldría ese *man*, dicen que ese señor cargaba madera en mulas a pie limpio y que de un día para otro resultó con esas fincas.

La vida de su padre

Gabriel Raigozo el falleció muy joven, era el mayorcito de los tres menores; a mí me tocó enfrentar todo lo de la casa y a mí me tocó trabajar para colaborarle a mi madre María Mercedes Pulido y mis dos hermanos.

Subía al páramo y no le ponía cuidado al frailejón. Únicamente me llamaban la atención las quemadas que hacían para generar rebrotes de pasto para darle al ganado.

De trabajador de finca a funcionario

Yo estaba trabajando ahí (en la finca) cuando me vine a trabajar aquí en la Fundación Natura. Hugo López bajó a conseguir gente para trabajar en este lugar. Desde 1995. Él llegó a la finca y cuando llegó ahí en el carro y como yo estaba trabajando ahí, me tocó entrevistarlo.

Hablamos un rato y me dijo que necesitaba gente para trabajar acá y me dio una mejor propuesta. El me comentó que necesitaban a la gente. No me acuerdo si estaba mi hermano Heriberto y Alirio García que estaban trabajando acá (no recuerdo) y me ofreció como \$150.000 o \$200.000 y entonces le dije que sí, de una. Y desde ese tiempo estoy trabajando aquí, hace más de 20 años.

Acá nos tocaba... en ese tiempo duré trabajando tres años en Palacio o Piedras Gordas, eran las mismas actividades que estamos trabajando en estos días. En ese tiempo quemaban mucho y tocaba estar pendiente de los incendios y también apoyando en lo de los ratones y trabajamos mucho tiempo en eso. Para poner trampas y de resto, todo lo mismo que se hace acá ahorita.

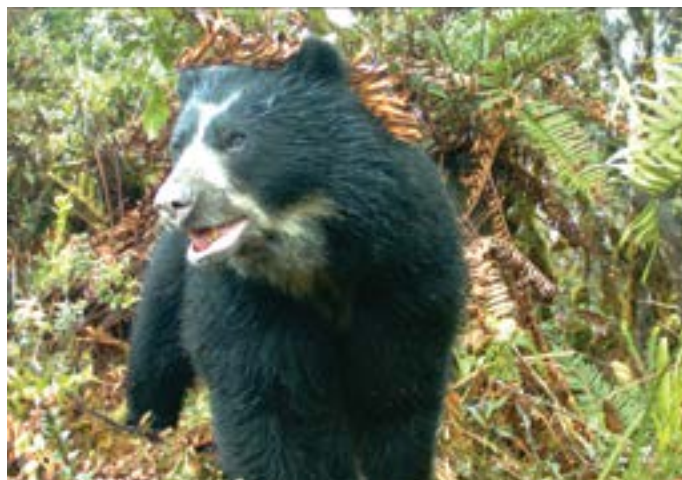
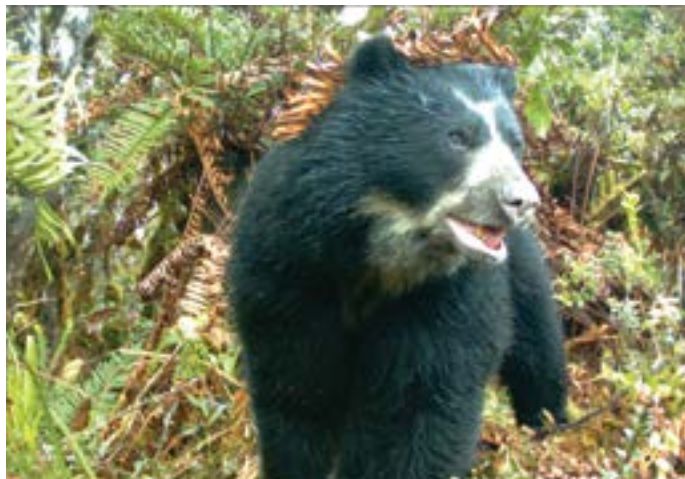
Cuando estuve con Fundación Natura no hacía ningún tipo de monitoreo, pero en ese tiempo trabajamos solo en eso de ratones. Y ya fue cuando comenzaron, comencé a trabajar con Fundación Natura aproximadamente tres años y después el señor Carlos Lora me contrató como guardabosques y he acompañado múltiples investigaciones.

Sobre los incendios

También los incendios han cambiado muchísimo: de unos seis años para acá no había incendios, porque en un veranito que había se presentaban incendios. Principalmente ocasionados por el hombre para pasto para ganado. Se hacía un incendio y por ahí a los 15 días ya había pasto chiquitico, entonces el ganado no se iba de ahí.

Oso andino

En medio del páramo me detengo a mirar cualquier movimiento entre los frailejones o los matorrales, a ver adónde puede estar el oso y allá, a lo lejos, lo veo con su calma recorriendo y viviendo su territorio.





Historia de vida: Wilmer Bejarano

Entrevistadora: Luz Amparo Lema

Lugar: finca Las Lajas, vereda Córdoba, municipio de Junín, Cundinamarca



El muchacho de los quesos

Nosotros en mi casa éramos diez hermanos, a ninguno nos gustó estudiar. La finca era de mi abuelito Ciervo Bejarano. Nosotros ahí vivimos de las vacas, de la lechecita, que es de lo que siempre hemos vivido, desde mi abuelo. Ahora estamos ordeñando como diez vacas, son 17. Sembramos por ahí unas seis arrobitas de papa de año y criolla, cultivamos para nosotros no más, para comer. Tenemos un nacimiento de agua muy excelente cerca a la casa. Le sembramos árboles para cuidarlo. Tenemos una huerta con maíz. Hacemos quesos con la leche, la mitad los vendemos aquí en el parque y la otra mitad en una tienda en la vereda Arenales. Ahorita hay tres

marranos y dos ovejitas. Las ovejas las vendemos a los negociantes que compran ganado y también compran las ovejas. Ahí en la vereda hay un negociante que compra ganado cada ocho días. Las llevan para Zipaquirá. Los marranitos se matan para venderlos aquí, en ocho días tenemos para matar uno... se venden las gallinas, pero nosotros la mayoría casi las consumimos ahí en la casa. Se venden muy pocas, nosotros cuando hay hartos se venden y se deja uno pa' matar no más.

La vida del campo es muy tranquila, muy relajada. En la tienda se reúnen a echar cervecita. A mí me gusta mucho el tejo, el naipe. A veces

juego toda la noche, a veces me va bien, a veces pierdo.

Me gusta mucho caminar, cuando no trabajo me voy por ahí por las montañas, me gusta mucho el bosque. Caminando por la montaña he visto mucho animal, el oso, el cusumbo, el conejo, el curí, el borugo, la fara. Los venados siempre se ven por el bosque, ellos tienen sus caminos.

En la vereda hay algunas personas que tienen mucha tierra; ellos tienen ganado de ceba, los que tenemos poco tenemos ganado de leche. Ahí nosotros les vigilamos la finca a los que tienen mucha tierra, y a cambio nos dan pasto para las vacas, especialmente para las que no estamos ordeñando.

Encuentros con la fauna

Una vez vi un oso matando una novilla de mi tío. Llega y se para así como un cristiano, le pega un zarpazo, así a la cola y le da vueltas, hasta que la emborracha. Hasta que la tumbó y ahí sí la cortó por el cuello. Lo primero que se come es la ubre y sigue con el pecho. Quedamos aterrados de la fuerza de un animal de esos.

El territorio encantado

Dicen que las mujeres que abortan salen por la noche como fantasmas, aparecen como una mula, idénticas a una mula y comienzan a tirarle pata a uno. En Chorrillos una vez estaba una tropa del Ejército y les llegó una mula de esas que les tumbó todas las carpas. Ellos fueron a Chuscales a la iglesia y el cura les bendijo un rejo y por la noche le tiraron el rejo y ahí mismo quedó la mula mansitica. Entonces la amarraron ahí, y al otro día amaneció una mujer en pelota. Esto es de asustarse.

En la vereda hay una laguna encantada. Antes nadie se

arrimaba porque a lo que alguien se acercaba comenzaba a llover, a tronar y a relampaguear. Ahí se le presentaban a uno culebras grandes como güio, casi, y lo perseguía a uno y un pato también. Le tocaba a uno correr. Le botaron un poco de sal, como seis cargas y se amansó.

La cuchilla de Chuza

Es el lugar que conecta a Wilmer Bejarano y su familia con el Parque Nacional Natural Chingaza. Por esta cuchilla, Wilmer y sus hermanos transitaron por muchos años, llevando sus quesos al personal del Parque en el centro administrativo Monte Redondo y, en algunas ocasiones, a los visitantes.



En esta foto se encuentra la vista que se tiene desde La cuchilla de Chuza a la casa de Wilmer y su familia

Historia de vida: Víctor Julio Raigozo

Entrevistador: Javier Santiago Raigozo Pulido

Lugar: vereda El Rosario, municipio de Choachí, Cundinamarca



Desde la casita de bareque

A los cuatro días del mes de mayo de 1943 nace un niño en la vereda El Rosario del municipio de Choachí, quien tiene como nombre Víctor Julio Raigozo. Sus padres, Leonidas y Eva celebraron con mucha alegría ya que su primer hijo era un hombre y que lleno de vida armonizaría el hogar, ese hogar que dios bendijo para toda la vida.

Una casa de bareque con ventanas pequeñas, teja de barro y la luz de una vela fue su compañía mientras pasaban los días y el niño se preparaba para superar ese gran reto de dar sus primeros pasos.

Cuando logró salir por sus propios

medios hasta la puerta de su casa ya contaba con un nuevo amigo, ese amigo lamía sus mejillas y batía la cola también, lo cuidaba desde que nació, su nombre era Mochuelo, juntos jugaban y se alegraban cuando a la casa llegaba un compañero, que no conocían, pero que ya hacía parte de la familia.

Así pasaron algunos años inventando juegos, trepando cerros y en los charcos bañando a mochuelo. Llegó la época de conocer la tierra donde sus padres cultivaban varios productos, allí hacía mucho frío pero contaban con un rancho de madera y el frailejón era muy calientico; se

alimentaban muy bien con todo lo que producían allí: papas, cubios, chuguas, habas e ibias, acompañados de carne de animales de monte.

Al regresar a la casa de bareque su madre tenía un niño en sus brazos, ¡qué bueno!, otro hermano para jugar. Ella le comentó que debía ir a la escuela a estudiar desde la siguiente semana porque ya cumplía siete años.

A la escuela descalzo

En la escuela el reto era más alto: debía portarse muy bien; de lo contrario sería castigado fuertemente. Salía a las seis de la mañana hacia la escuela acompañado de Mochuelo y demás niños del sector que hoy se llama El Rosario y la escuela quedaba en la vereda La Caja, a una hora y media de camino.

Descalzo, dos cuadernos en un morral de fique, una pluma, un tarro de tinta, una lona para cubrirse del agua y dos arepas de maíz rellenas de cuajada.

Durante la época de la escuela la profesora les enseñaba a leer, escribir, sumar, restar y a interpretar el catecismo católico. Jugaban a los policías, a la tiene, guerra y a jugar vara.

La profesora los castigaba si alguien se portaba mal, los golpeaba con una regla de madera y ellos no podían contarle eso a su madre porque significaría recibir un castigo mucho más fuerte, pero claro, como en los juegos ya había aprendido algunos trucos con la vara, esa era la oportunidad para defenderse, en ocasiones, de los golpes de la profesora.

En las tardes, después de la escuela, debía amarrar los terneros bajo su propia responsabilidad y eso era muy difícil: diez terneros, algunos pequeños, que corrían mucho; no podía dejar ni uno suelto por lo del castigo en la casa y le daba miedo

que lo asustara el mohán o algo extraño que perdía a las personas del camino y como el ganado estaba lejos de la casa era fácil que le sucediera eso. Pero claro, tampoco era un impedimento para que soltara algunos terneros que el vecino había amarrado y a correr para la casa no sin cazar algunas pavas con la cauchera y chapalear con Mochuelo. Luego, engarrotado, hacer las tareas, estudiar el catecismo, rezar con mamá y papá el santo rosario de diez avemarías.

Al terminar la escuela ya tenía 11 años, solo estudiaba hasta grado cuarto y le entregaban el diploma de primaria sabiendo leer, escribir, sumar y restar y conociendo profundamente el catecismo católico y parte de La Biblia.

Aprender a trabajar

Como ya era un joven, el mayor de los hermanos debía acompañar a papá a realizar el trabajo que él determinara: echar azadón, limpiar fincas con hacha y machete, gañanear³ la yunta, arriar mulas desde el páramo hasta la casa o donde fuera necesario, todo esto para aportar con el sustento en el hogar.

En esos días, en compañía de su padre y vecinos organizaron un convite, tal vez el más grande de la época: alrededor de cincuenta yuntas. Las más grandes y bien amansadas desde El Rosario hasta donde hoy es el casco urbano

³ Gañanear: entrenamiento o adiestramiento para llevar madera (arrastre) y también para labrar la tierra.

de Choachí, arrastraban palma bobas durante todo el día y desde muy temprano de la mañana, los esperaban en la plaza principal con chicha y con comida que alcanzaba para llevar y compartir con la familia en la casa. El sacerdote se limitaba a orar y bendecía todas las yuntas y la actividad en general, ya que los materiales se utilizarían para las bases y estructura de la iglesia (por primera vez el pueblo contaría con una iglesia para celebrar la eucaristía).

Fue pasando el tiempo, la familia fue aumentando hasta llegar a nueve hermanos entre hombres y mujeres; se apoyaban en sus labores

y lograban que los terrenos utilizados para agricultura y ganadería a menor escala fueran muy productivos. La mayor parte de estos productos era para autoconsumo ya que la comercialización no era favorable ni tan importante para ellos en esa época. Solo el ganado que terminaba su ciclo de productividad se vendía para ser sacrificado. Con estos recursos compraban alimentos que no se producían en la región debido a las condiciones climatológicas.

Los noviazgos y el matrimonio

Al cumplir la mayor edad ya contaba con experiencia y sabiduría; nos reuníamos en casa con algunos amigos y hermanos a tocar guitarra, bandola, tiple y güiro; tomaban chirrinche (mistela de hierbas), mientras preparaban un buen repertorio para amenizar fiestas y celebraciones familiares, también para conquistar muchachas bonitas que se destacaban por ser gorditas con mejillas rosadas. Cuando una de ellas le gustaba o le llamaba la atención, primero pedía permiso a los futuros suegros para iniciar una buena conquista y si lograba convencerlos ya tenía la mitad de la partida a su favor.

Una vez se hacían novios empezaba un periodo de prueba para el hombre: era sometido a largas jornadas de trabajo intenso liderado por los más destacados obreros que se esmeraban por hacerlo cometer errores y llevarlo al agotamiento.

Después de varias batallas perdidas en diferentes circunstancias ya era todo un líder en el trabajo y como tal sus compañeros lo respetaban con admiración.

Da el siguiente paso: la decisión de casarse pensando en una familia independiente pero, claro, eso no era tan sencillo; le correspondía organizar toda una fiesta en la casa de la novia, comprar un burro, decorarlo de tal

manera que solo tuviera los ojos descubiertos, y cargarlo de canastos llenos de mercado, aguardiente y dulces de la mejor calidad. Le acompañaban amigos, músicos, copleros y gran parte de los familiares y amigos. Luego de compartir una tarde llena de alegría, fijaron una fecha para ir a la iglesia a bendecir ese nuevo hogar.

Cuando cumplió 28 años celebraron el matrimonio en la parroquia de Choachí ya que toda la familia vivía con alegría los mandatos que exige la Iglesia católica. Ahí inició una nueva vida para Víctor al lado de su esposa Ana María. Continuó trabajando con sus padres y hermanos, pero en un hogar diferente que empezaba a crecer.

Oficios y labores del campo

Aparte de ganadero y agricultor a menor escala también dedicó tiempo a la carpintería, a elaborar empíricamente todo tipo de muebles que los vecinos requerían para la construcción y adecuación de sus viviendas. Para este trabajo necesitaba cortar mucha madera con unos serruchos gigantes que se llamaban el trocero y el tablero, cada uno tenía una función particular y requería de dos trabajadores continuos para esa maniobra. Él diseñó la mayor parte de la herramienta que necesitaba, de acuerdo con la utilidad.

También participó en la construcción de la escuela rural de El Rosario ya que era uno de los líderes comunales. Subieron el material en mulas desde la vereda La Caja hasta el lugar donde hoy está la escuela El Rosario.

Por otra parte realizaba salidas al páramo donde cuenta con terrenos de su propiedad, ganado y un rancho donde acampar. Se preparaba con varios días de anterioridad y teniendo en cuenta los cambios de luna, en esos días se alimentaban mejor ya que el desgaste en el páramo sería mayor.

Salía tipo dos y tres de la mañana acompañado de Cónsul, Jockey y Combate con un morral lleno de comida suficiente para algunos días y algunas herramientas para trabajar; dejaba solos a su esposa e hijos, encargados de desarrollar también muchas actividades.

El objetivo de la visita era encontrar y reunir el ganado que estaba disperso en diferentes sectores del páramo; después de recorrer un largo camino llegaba al rancho, conseguía leña, prendía fuego y preparaba sus alimentos. En la noche tan solo lo acompañaban

los perros que a veces aullaban y se sentían acobardados durante cinco y seis días de búsqueda; recogía el ganado, a veces en compañía de otros parameros, y si tenían suerte, cazaban animales, entrenaban sus fieles y valiosos compañeros.

De regreso a casa, cansado, lleno de tranquilidad y con mucha historia que contar, fue pasando el tiempo creció bastante la familia construyó su casa con mucho esfuerzo y dedicación. Claro, no contaba con carretera y eso significaba transportar a lomo de mula y yunta todo tipo

de materiales. Continuó con sus ideales y con el paso del tiempo decidió abandonar temporalmente las actividades en el páramo, aunque fuera de alta importancia para el sustento en el hogar.

Su esposa falleció pero hoy le acompañan ocho alegres hijos (as), diez nietos llenos de vida, tienen buena salud, su madre todavía lo consiente. ¡Ah! Y el menor de sus hijos, orgullosamente, hoy escribe algunos detalles de su heroica y grandiosa obra.

Cepillo de mano

El cepillo de mano es una herramienta diseñada para apoyar el desarrollo de obras manuales de carpintería. Este objeto es una muestra de la creatividad que alimenta este campesino, apasionado por cultivar vida en torno a lo que ofrece su territorio. Es testigo en cada momento de lucha, cultivando sueños y haciendo crecer las esperanzas. Muestra en su labranza los pasos rudos y el vivir alegre de un campesino, guarda en sus entrañas largas historias que solo crecen en el corazón de grandes abuelos.



Cepillo de mano



Historia de vida: Urías Rodrigo Alférez Molanos

Entrevistadora: Martha Liliana Sarmiento García

Lugar: municipio de San Francisco, Meta



Creciendo en San Francisco

Bueno, pues yo nací en San Francisco, Meta, eso fue una inspección del municipio de El Calvario. En estos momentos es una vereda más, digámoslo así, pero hace tiempo fue inspección del municipio de El Calvario. Hice mi escuela en San Francisco, en el pueblito, y también el bachillerato allí. Toda la vida he vivido en San Francisco. Yo siempre crecí en el pueblo, pero pues haciendo actividades del campo. La rutina era ir a la escuela; llegaba de la escuela, hacía mis tareas, si me quedaba un tiempito iba a jugar un rato con mis amigos y pues siempre la labor que tenía era ir a apartar

becerros... esa era mi labor diaria... o sea, ir a quitarle los becerros, apartarlos en un corral para ir al otro día a ordeñar las vacas... Mi papá tiene una finquita como a diez minutos del pueblo y nos sacaba a ayudarlo a las labores del campo. Él tenía cultivos de tomate, de mora y de lulo. Él siempre ha tenido su ganado, entonces, tocaba ir a ayudar a purgar el ganado, a bañar las vacas de leche, que no se pueden purgar porque se está consumiendo la leche entonces toca bañarlas para la garrapata, o sea, parásitos externos. El fin de semana nos sacaba para ayudarlo a él.

Cuando salí del colegio yo sí quería estudiar pero había la dificultad del municipio, que es muy distante. Las vías de comunicación son muy complicadas, las carreteras son trochas, a veces totalmente, o sea, las lluvias, el agua, vuelven totalmente empantanado todo, entonces es complicado. Cuando yo salí del colegio, con ayuda de mi papá, gracias a Dios, me colaboraba bastante, y yo inicié en un técnico en Villavicencio. Eso queda como a cuatro horas; entonces yo juicioso viajaba cada ocho días; imagínese él dándome para el transporte cada ocho días para ir a Villavicencio, yo

iba a estudiar. Los fines de semana llegaba otra vez, le ayudaba a él en todo lo que hubiera que hacer todas las labores del campo, así yo permanecí. Cuando eso yo iniciaba a trabajar en el campo también para colaborar a mí y a ellos, pues también uno tiene que colaborar, ya por la distancia y por todo la complicación, no seguí estudiando. A los 17 que salí me puse a trabajar en el campo, tuve cultivo de frijol, cultivo de mora, cultivo de lulo y en esa época a mí me estaba yendo bien, o sea, siempre por ejemplo de lulo sembraba trescientos o cuatrocientos, no era mucho, pero

siempre sacaba que a quince, treinta, cuarenta canastillas quincenal; por eso le digo, me estaba yendo bien. Ya después de un tiempo comenzaron a llegar muchas enfermedades a los cultivos y eso se formó un rebullicio allá, ni el tremendo. Si todo el mundo se pone a sembrar una sola cosa y unos no cuidan los cultivos arraigan las enfermedades. Con un cultivo grande que se contamine ya contamina todo el resto porque ahí ya lo lleva... Así son las cosas.

El ataque de las águilas

Pues la verdad, el primer recorrido que me impactó mucho, y que además que me parecía increíble porque yo no tenía esa dimensión del territorio, fue el camino por la laguna La Esfondada, sí, primero porque me comentaban que pertenecía al municipio de El Calvario ese pedacito de territorio, pero no lo conocía. Comenzamos a caminar por Rionegro. Va uno en moto y comienza uno a caminar, además que esa vez pasó algo, que nunca me había pasado: íbamos por la cuenca de Villa Hernando cuando dos águilas comenzaron a... nos atacaron...

sí, esa vez recuerdo que después tuvimos una reunión acá y don Arnulfo se me burlaba porque se nos tiraron, o sea, era berraco, uno no podía caminar, ambos no podíamos caminar al tiempo, porque las águilas nos estaban vigilando. Yo creo que estaban criando polluelos, porque es una cuenca bastante grande, o sea, rocas bastante grandes a los lados y ahí lo cogen como anidadero. Yo supongo que era por eso, porque estaban muy bravas, entonces nos vigilaban constantemente, nos rodeaban, chillaban y se quedaban suspendidas en el aire; ya cuando

uno miraba para arriba era que venían hacia uno, entonces ya a lo último, decidimos: «bueno, camine usted y yo vigilo»; entonces tocaba caminar como 200 m uno vigila y cuando el otro vigilaba, el otro lo alcanzaba, tanto que en una yo iba caminando cuando se me vino un águila totalmente y cuando don Arnulfo me gritó ya estaba sobre mí, yo me tiré al piso y el águila se alcanzó a estrellar contra un barranco, entonces fue algo pues... no sé a mí no me dio tanto miedo, me parecía increíble estar viviendo eso.

Vivir en paz con la naturaleza

Hay una cosa que me llama la atención y es la tranquilidad, o sea, usted solamente no es ir a ver bueno si súper importante y para el parque que ver el oso, ver la rana, ver el venado, pero lo otro que usted aprende, o sea, usted aprende a interactuar, digámoslo así, no sé si me equivoque, con la naturaleza, como a estar en paz con ella, algo así, no sé si me equivoque, si estoy exagerando, no sé, pero lo otro que yo valoro es la tranquilidad, usted va en un recorrido, el viento de pronto las... el ruido que hace el viento pasando por una mata de chuscal; sí, cosas

así, entonces usted aprende cómo, o sea, usted escuchando eso está como en paz, la tranquilidad que se vive, la armonía, digamos que eso es una de las cosas que me ha gustado de estar aquí trabajando en este sitio. ¿Uría es una persona tranquila? Sí, pero cuando se me acaba esa tranquilidad también soy cansón; sí pero es una cosa que me llama la atención: usted sale a un recorrido y es esa tranquilidad que se vive en el sitio donde usted está caminando, pues eso es indescriptible, digámoslo así.

Laguna La Esfondada

Pertenece al municipio de El Calvario, ese pedacito de territorio, y tiene un paisaje muy hermoso. La primera vez que fui esa laguna se veía como azulita, verdecita, rodeada de roca por todo lado, las montañas súper grandes, gigantes. La cuenca, de ahí para abajo, súper gigante. La belleza del paisaje por ese lado es muy hermoso cuando está despejado: eso es una lotería, porque por la altura casi no permanece despejado.





Historia de vida: María Blanca Montaña

Entrevistadora: Luz Amparo Lema

Lugar: finca La Primavera, vereda santa Lucía, municipio de Restrepo, Meta



En busca de un refugio

Cuando yo llegué a esta finca hace 25 años, nosotros veníamos de Caquetá, desplazados del Caquetá, desplazados. Nos tocó salir de un día a otro, del propio Caquetá, ...nos amenazaron pero no supimos de qué parte sería..., nos amenazaron, como ocho días duró esa amenaza, escribieron en una piedra que si no se iban de aquí, que nos volvían pedazos. Salimos como cuatro o cinco familias de allá, llegamos y mi hermano me dio posada en Restrepo con un poco de chinitos, con seis. Los niños me los quitó mi hermano porque nosotros estábamos sobre

nada, me dijo: «no, Maruja, ellos me llaman así porque soy María, nosotros no le podemos dejar los niños porque usted los está matando de aquel lado en esa lejura y nosotros nos vamos a llevar los niños, ustedes trabajen y les dan los libros y les dan la ropa y nosotros le damos la posada y la comida». Pues sí, me ayudaron tal cual, por ahí chiritos de los otros de ellos a más no poder, les acotejaban, pero me ayudaron.

La vida en un nuevo territorio

Aquí cuando llegamos no había limpio sino un pedacito de esta loma de la casa, allá abajo vivíamos en una ranchita de tabla que eso cuando corría aire temblaba, casi se caía porque así nos vendieron. Cuando ya nosotros trabajamos era mera montaña, todo esto fue explotado de mi marido y obreros trabajadores, él les ganaba mano vuelta y fuimos sacando adelante. Se abrió y le metíamos pasto. Allí pusimos una sementera, una platanera y un cañal y mi marido fue a Paratebueno y compró un trapiche y pusimos una molienda.

Nosotros molíamos acá unas panelas tan bonitas, un melao, unas yuqueras, asábamos yucas, llevábamos las cargas de yuca y me ponía a venderlas en la plaza. Antiguamente había una plaza, yo madrugaba a vender lulo, yuca y plátano.

Allá arriba un señor nos pagaba a 300 pesos para ir a coger café, 350 porque él nos pagaba 50 más, nos íbamos a coger café allá, eso eran cafeteras. Cuando nosotros llegamos acá únicamente unas maticas de café que había, de resto no había nada, solo montaña, solo rastrojo. Allí, por el lado del río, la gente tenía un camino por entre la montaña; toda la vida ese

río nos trancaba y nos arrastraba casi cuando cruzábamos y llegábamos. En ese entonces dijimos: «¿será que no hay solución de este río pa' hacerle un puente?» Entonces nos unimos con la gente de Monfort y de por allá y sacamos un puente. Había quien aserraba la madera, con un serrucho de halar, un serrucho trocero y con eso hacían un andamio y uno por allá encima y otro por allá, hicieron el puentecito. Yo me acuerdo que esa gente bajaban y traían recado, traían carne y hacían sus almuerzotes pa' los trabajadores, me decían: «¿nos da permiso para quedarnos esta noche y nos prestan las ollitas para hacer?»

«Bueno, sí». Pues no tengo tantas ollas, porque sabe que la pobreza...

Para poder tener ganado entonces abrimos tierra, por allá una genticita que nos conocía nos dio una vaquita y un torito a precio, dos vaquitas al aumento, que valían por ahí en ese tiempo 12 mil pesos, diez mil pesos y a lo que lo engordara entonces la repartían y ellos sacaban esos diez mil pesos, cuando se vendiera y partían el resto.

Entonces un señor nos dio la vaquita y un toretico pintado y ahí lo tuvimos y ahí teníamos la lechecita; también aquí abajo en las casitas

que hay por el camino vivía un tal Epifanio Mujica y sí, esos Mujica nos dieron mucho la mano, eso nos daban el platanito, la viejita mi dios la tenga... porque ella murió de un ataque... mi comadre Carmen nos daba la lechecita, todos los días mandábamos por la lechecita, vivía por allá abajo por donde se ven esos potreros, aquí pasando el río de pa' bajo.

Al principio cogimos cafecito, cuando cogíamos el café que era puro nuevo se cogía más de una carga, 14 arrobas, 15 arrobas... fue poquitico el que sembramos porque por allá pa' arriba sembramos y se murió, seguro por lo

lejos, no hubo asistencia técnica, no dieron abono, no dieron nada, tocaba echarle abono, echarle fumiganza y como no cumplieron con eso... En cambio aquí sí por tanto abono que corre y siempre estamos ahí, aun cuando sea la ceniza la botamos al pie de las matas; cuánto hace que César Robayo... y ahí está el café, yo por lo menos nunca compro café, yo lo hago, voy y cojo las pepitas de café y ya.

Sobreviviendo en la ladera

Aquí cuidamos cinco cerdos, vacas por ahí unas diez u ocho, botellas de leche 40 o 35, cuajada pa'l mercado, pa' no morirse uno de hambre, pa'l consumo; yo no sé cuánta cuajada porque como la lleva el muchacho no le he preguntado, cuando primero yo le llevaba por ahí una arroba y media, donde Any, ella la vende y ahorita le bajó el precio, está barata, barata.

Por ahí una que otra gallina, unos limones, unas maticas de guayabo, arazá, maticas de plátano, yuca... ya casi no se siembra por el clima, muy frío y eso ni modo...

Había tres perritos y uno de lo viejo, tenía como 17 años, se largó por allá pa' abajo, pa' una rancha que hay sola y por allá se quiere morir, no ha llegado, de lo mero viejo se fue a morir a lo lejos, como antier se fue. Voy a conseguir uno que sea bien bravo... Estos laten tantico pero...

Ya mucha gente no tala en sus las fincas, por lo menos aquí lo que se hizo, se hizo. No bajan madera porque no la dejan vender, ya no la hay, aquí esta finca dio mucha madera pero sí que les dio plata esta madera, se talaron árboles como el dormidero y cedros, la mayoría cedro amarillo.

Todavía cazan armadillos y guaches, esos bichos que venden hasta la manteca; y esas pajaritas, las pavitas, las cazan pa' hacer el caldito.

Sí hay cacería a veces, la semana pasada dijo aquella muchacha que venía con el niño como a las seis y media del pueblo y disque hicieron un tiro por ahí y que mataron las pavitas para comer. Esos niños que ustedes vieron, esos de allá, cazan mucho con perros de cacería también, los perros de cacería los venden hasta bien, hasta por 300...

La mina de sal

La gente que pasa por aquí viene a llevar la sal de Restrepo con mulas y eso cada nada vienen con seis, siete mulas a llevar la sal, de Restrepo pa' Monfort, San Juanito, El Calvario, San Roque, San Rafael, todo abastecimiento de sal. De por allí también bajan a veces la carguita de cuajada, de comida, cuando se les pone fea la carretera entonces bajan por aquí; don Sergio Agudelo, cuajadas y pan de arroz, las vende porque ese todavía las trae de por allá, cuajada y hasta mora traen. Qué día trajeron

un poco de mora porque cosecha muy buena comida y antiguamente cuando estaba este camino el camino era por allá y como el derrumbe se llevó todo, eso rompieron por aquí este camino, entonces yo puse una venta de cerveza, gaseosa, les vendía comida viernes y sábado y domingo y lunes y traía carne y les sudaba, eso fue pongamos que hace 18 o tal vez veinte años, antes de la carretera que echaron por allá y eso fue donde me levanté pa' ponerle estudio a los hijos en los colegios.

La mina de sal ha cambiado hartísimo, cuando nosotros llegamos había hasta bultos de comida, había el casino, toda la gente almorzaba, hasta uno, si no almorzaba en el pueblo venía y almorzaba ahí, bajaba uno y llevaba lulos, llevaba un viaje de plátano, gallinas y le compraban porque eran muchos los trabajadores que había, eran como sesenta personas trabajando en esa mina, ahora sí mucho trabajan unas veinte personas.

Derrumbes

Cuando llegó el derrumbe se llevó íntegro todo. Se llevó todo ese bore, todo ese plátano y nadie nos reconoció nada, nadie...

Cuando la vez del derrumbe eso llegó mucha gente, trajeron imágenes, por ahí hicieron rosarios, viejas beatas venían a rezar, ponían cruces porque ya nos íbamos encima de ellos. Nos decían que nos teníamos que ir, pero nosotros qué nos íbamos a ir otra vez, adónde nos íbamos a meter con todos esos chinos. ¿Qué le van a

dar de comer a uno por allá? Un poco de niños llorando de hambre. En cambio, por aquí tenemos nuestras huertas, aquí nunca uno se muere de hambre, plátanos cogidos de aquí de la finca, frita un huevo, frita algo y le mete un platanito y no se jode más.

Nosotros en el derrumbe donamos como 200 metros de tierra y se sembró mucha mata, se trajo guadua en cargas de caballos, se sembraron árboles de uno y de otro; entonces sí nació un poco

y todavía hay guadua; eso fue hace tiempos, porque cuando el derrumbe...

Cuando el derrumbe dijeron que iban a comprarnos pa' reforestar, que el Gobierno nos comprara e hiciera la reforestación a su gusto, querían comprar por cuenta del municipio, estuvieron aquí muchas veces, Cormacarena, la gobernación... miran y se van. Yo sí quisiera que nos compraran, estamos cansados...

Gallinas

Son animalitos que acompañan a doña María Montaño, además de proporcionarle alimento como los huevos, las culecadas de pollitos pequeños, la carne y también para que ayuden a limpiar la casa de basura y de animales como arañas, mariposas, entre otros animales.





Historia de vida: Isaías Bonilla

Entrevistador: Alirio García

Lugar: Los Chorros, vereda Maza, Choachí



Las casas para el ganado en el páramo

En 1940 el señor Isaías Bonilla, de la vereda de Maza del municipio de Choachí, construyó una casa en el sitio conocido como los Chorros, esa fue construida en bareque y con techo y pisos de tabla, la madera para la construcción fue traída del sector de Chuscales. El señor Bonilla vivió aproximadamente 40 años en este lugar donde cultivaba papa y cebolla para el consumo de la casa, también tenía más de cincuenta cabezas de ganado. En el transcurso de los años vendió su posesión a unos señores de apellido González, que pertenecían al municipio de Junín y Chuscales,

estas personas tenían una casa en un sitio llamado Carretonales, también construida en el mismo material de las anteriores, también eran propietarios de más de cien cabezas de ganado, algunas eran para el ordeño. Una parte de sus terrenos era utilizada para el cultivo de papa y cebolla junca, otra para el pastoreo del ganado, y todos los años se acostumbraba a quemar el páramo para el rebrote del pasto.

En un sitio conocido como el Arvejillal se construyeron dos casas en bareque y madera; dos de ellas pertenecían a la familia Gómez y a la familia Pulido de la vereda

La Caja, parte alta de El Rosario y parte baja La Caja; la otra casa se quemó por accidente y dio origen al nombre «La casa quemada», como se conoce hoy en día.

Cabe resaltar que estas casas únicamente se utilizaban cuando sus dueños subían a recoger el ganado para salarlo y en temporada de hacer los barbechos para los cultivos. Entre estas familias cuidaban aproximadamente 400 cabezas de ganado, sin dejar la costumbre de quemar anualmente el páramo para el rebrote de pasto.

Sobre el oso y el tigre

Cuenta don Isaías Pulido que en ese entonces la gente comentaba que el ganado y las ovejas eran atacados por osos, tigres y leones. Recuerda en particular la historia del señor Cecilio Pulido de la vereda La Caja, Chatasugá, de quien se decía que había matado un tigre con sus dos perros llamados Violeta y Milor. El animal después de muerto fue cargado en guando, es decir, amarrado de las cuatro patas a una vara y luego cargado al hombro y llevado a algunos municipios para demostrar con gran orgullo que habían matado al animal que les hacía daño. En esa época, con esta hazaña, el señor Pulido se ganó un premio, además del reconocimiento y las felicitaciones de algunas personas.

Armas enterradas

Don Isaías recuerda que alguna vez un tío que los visitaba por temporadas le comentó que había llegado un señor llamado Chepe Ortega con un cargamento de armas y munición traído de la Sabana de Bogotá y que se estaba preparando para enfrentar una guerra. Se dice que este arsenal fue guardado o enterrado en las rocas más altas de los Cerros de Churuguaco, y fue bajado por poleas o manilas hasta el sitio donde quedó enterrado.

En busca del tesoro

Por estos mismos tiempos cuenta don Isaías que en la laguna de Churuguaco fue escondido un tesoro, por unos caciques que venían huyendo de los españoles, haciendo una travesía de la laguna de Fúquene y Ubaque hasta llegar a la Laguna de Churuguaco lo que atrajo a unos gringos y colombianos que pretendían sacar el tesoro y para esto «exbordaron» o «exagaron» la laguna y al hacer esto se los arrastró la corriente y se ahogaron todas las personas que allí estaban. Se dice que fueron enterrados alrededor de la laguna. Tiempos después, campesinos de la zona encontraron dentro de la cueva de al pie de la laguna víveres, aperos y equipos o herramientas pertenecientes a estas personas.

Caballos

Para don Isaías, las bestias o caballos representan un medio de transporte utilizado por muchos años, desde antes de tener todas las facilidades de transporte que hoy en día se tienen. El caballo se utilizaba para ir al pueblo, ir a las fincas, subir y recorrer el páramo en busca del ganado. Actualmente, lo utiliza para cargar la leche de la finca y llevarla al lugar donde la recoge el carro de la leche. .



A green-tinted landscape photograph of a valley with a river and mountains. The image is used as a background for the text.

Historia de vida: Eurípides Medina

Entrevistador: Hesar Duván Rodríguez Guerrero

Lugar: vereda Sinaí, Gachalá



Líder ambientalista

En la actualidad soy presidente de la junta de defensa civil, pertenezco a una o tengo una entidad del orden ambiental que se llama Corporación para la Defensa de los Recursos Hídricos (Corporei). Trabajo mancomunadamente con la Corporación Autónoma Regional del Guavio (Corpoguavio). Tenemos un proyecto que se llama banco de germoplasma para librar de la extinción a la palma de cera y que pronto que vuelva otra vez el loro orejiamarillo que habitaba nuestra cordillera.

Tengo un viverito pequeño y manejo palma de cera, palma real, palma

areca, más que todo las palmas. Las estoy trabajando y en relación con la comunidad he sido líder de muchas batallas para lograr que se le pare bolas al medio ambiente.

La recolección de semillas sería una actividad importante para recuperar nuestra región. Buscar semillas de los árboles padres que existían en un tiempo como el chisgo, como el cedro. En una región rica como esta en fauna y flora, lo que hay que hacer es meterle al medio ambiente y yo pienso que eso ayudaría mucho al turismo, porque si cuidamos nuestros bosques, tenemos nuestra fauna, la gente viene por ver los

animales, viene por observar los árboles. Yo, por ejemplo, en el Sinaí tengo una finquita, es pequeña, es como una hectárea y media, pero tiene más árboles que toda la vereda esa finca, ese pedacito y ahí debajo cultivo lulos, cultivo bueno, otras plantas que se dan en la sombra, pero apenas para el autoconsumo.

El águila copetona

En una finquita que tenemos en la parte alta del Sinaí habita el águila copetona que según los biólogos que han venido y las han estudiado son animales únicos en el mundo. Eso forma parte de un proyecto que la corporación está desarrollando, que va a comenzar con reuniones de concientización y buscar formas para compensar los daños que el águila hace a los campesinos. Van a realizar proyectos productivos en el Sinaí, Minas de Yeso y en parte de Boca de Monte, que son las áreas de influencia de esos animales, donde se llevan las gallinas.

Sobre Gachalá

El municipio de Gachalá al principio fue fundado en cinco o seis haciendas que llamaban, haciendas cafeteras y del té; eran fincas grandísimas, dos o tres veredas eran de una sola familia. Varias familias eran venidas más que todo de Boyacá, ellos se afincaban aquí, después ya llegó la familia Martínez que estaba con míster Ralph y trabajaban el té en Cascadas y Mesitas, y en las otras fincas, de otras familias pudientes, manejaban el café y esas fincas se fueron subdividiendo: los mayordomos y sus familias iban

creciendo y subdividían las fincas y subdividían las fincas. En este momento Gachalá es un municipio de minifundios, pequeñas finquitas, en ese entonces eran grandes extensiones de tierra que manejaba una sola familia.

Impacto de la Represa de El Guavio

El impacto más fuerte lo ha causado el proyecto hidroeléctrico del Guavio. Este proyecto acabó con la cuenca productiva de Gachalá, pues ha cambiado mucho la parte climática, pienso que por el espejo de agua y el nivel freático de las aguas que alcanzan a perjudicar. Aquí se cultivaba la yuca y después de que el embalse hizo presencia y lo llenaron, empezaron a proliferar muchos hongos para las plantas, así a la yuca le llegó un hongo que hace que se pudra entre la tierra y coge mal sabor y ya no sirve. No se ha vuelto a cultivar yuca, cuando eso era el

producto de aquí, junto con el café, las heladas acaban con el café. Rionegro y Montecristo son las dos puntas de Gachalá; una caliente y la otra fría. En la parte fría el frijol ha sido el despegue de la gente, y en Montecristo pues la panela, el café, los frutales, pues ahí están a 1.000 msnm mientras que allí está a 1.800 msnm en Rionegro.

La gente, es decir, los habitantes de Gachalá han cambiado mucho porque han llegado de otras culturas, por los trabajos que se han presentado llega gente de otros departamentos a trabajar y ya forman familias con los de

acá, entonces se fue perdiendo la cultura gachaluna y la cultura gachaluna era cuidar, cuidar, cuidar. Ahora el desarrollo pide que se destruyan muchas cosas y se olvidan de que también se puede trabajar sin dañar el medio ambiente y se puede recuperar. Yo, por ejemplo, en la casa tengo un viverito pequeño y ahí vendo palma.

En este momento la gente produce el frijol, la caña de azúcar, los productos de panela y miel, y es decir, productos agrícolas, dice usted, porque el renglón más fuerte de acá es la ganadería.

Rueda paltón

Este objeto es importante para el municipio de Gachalá, tanto que se tiene un monumento a esta rueda en el parque. La rueda paltón real se encuentra en la represa hidroeléctrica de El Guavio ayudando en la generación de energía.





Historia de vida: Eva María Pulido

Entrevistador: Oscar Gabriel Raigozo Hortúa

Lugar: vereda de El Rosario del municipio de Choachí, Cundinamarca

Caminando a la escuela

Hola. Mi nombre es Eva María Pulido de Raigozo, nací el 20 de octubre de 1924 en la vereda del Rosario del municipio de Choachí, Cundinamarca, y esto es lo que le voy a relatar a mi nieto Óscar. Recuerdo que tenía ocho años cuando empecé hacer mi primaria, como en ese entonces aquí no había escuela nos teníamos que ir caminando hasta la vereda de

La Caja, que era la escuela más cercana, nos íbamos caminando con mi hermano por el camino vecinal. Se nos iba como una hora y media para llegar a la escuela donde la profesora nos tomaba las lecciones de historia, matemáticas y otras tareas que nos dejaba. Bueno, el caso es que no perdí ningún año porque yo era aplicada y me gustaba estudiar.

Labores de la casa

Cuando salí de la escuela le pude ayudar más a mis papás en las labores de la casa; les ayudaba a moler, a apartar los terneros, a ordeñar, a cocinar, en fin, en cada cosa un poquito. Por lo menos cuando se citaban los convites para bajar la leña teníamos que trabajar muy duro porque eso no era no más invitar a los bueyeros o mejores gañanes, porque a ellos había que atenderlos muy bien, se les tenía que hacer desayuno, darles guarapo, aguardiente, mantecada, almuerzo, cena y cuando se iban a ir, un buen puntal.⁴

Cuando los yunteros llegaban con las trozas a la casa, se armaba la fiesta hasta que se cansaban de bailar y terminaban con el guarapo y el aguardiente que quedaba. Ahí sí, se iban; claro que el puntal la mayoría de veces se les quedaba la mitad por el camino por la borrachera que se pegaban.

4 Puntal: pan hecho de maíz tradicional que se les brindaba a los obreros con mantecada, vino o aguardiente.

De monja a novia

Cuando estaba más grandecita quería seguir estudiando porque yo quería ser monja. Para eso me inscribí en la parroquia de Choachí y empecé como capitana de un grupo de las hijas de María, lo que hoy es la legión de María. Ahí preparaba la catequesis a los niños de primera comunión, pero por esa misma época conocí a su abuelo el señor Leonidas Raigozo que se empeñó por conquistarme hasta que lo logró y ahí se quedó la monja. Bien, pero eso fue algo muy bonito porque él me consentía mucho y nos entendimos muy bien hasta que nos casamos, antes de eso no hubo adelanto de nada de eso que llaman la pruebita de amor antes era muy diferente a lo que se ve ahora, antes se era más

Una casita de adobe

inocente, por lo menos las mujeres no utilizábamos minifaldas o ropa demasiado ajustada, la mayoría eran vestidos o pantalones sueltos. Bueno, pero mejor le cuento cómo fue que su abuelo pidió mi mano para podernos casar.

Su abuelo tuvo que llevar una serenata con un presente con más de veinte libras de chocolate, panela, aguardiente, galletas, tortas, entre otras. A eso se le llamaba el burro. Después de eso se preparaba todo, se hacía el amasijo, se mataba una vaca para el almuerzo de los invitados y se hacía una fiesta de más de dos días. Después de que nos casamos tuvimos nueve hijos y gracias a dios a todos los pudimos criar.

A medida que íbamos trabajando y después de un tiempito construimos una casa con ladrillos de adobe, que nosotros mismos, con su abuelo, los elaborábamos. Para eso utilizábamos greda, agua y una gagera para moldearlos. Ya cuando terminamos de levantar la casa hicimos una celebración y nos pasamos a vivir porque vivíamos en la casa paterna de su abuelo. Por otra parte, me acuerdo que a todos mis hijos los llevé a hacer los primeros viernes al pueblo, para hacer la novena al Divino niño o a la Santísima virgen donde se hacía una misa. Eso era un poco complicado porque no había carretera hasta aquí, solo había una trocha hasta Agua Caliente, para eso nos teníamos que ir en caballo o caminando hasta el pueblo. Algo

curioso es que no llevábamos las alpargatas puestas desde aquí porque se nos embarraban, además como eran de fique a veces se arrancaban rápido. Por esa misma dificultad para uno desplazarse hasta el pueblo fue que no pude terminar un curso de primeros auxilios al que su abuelo me había dejado asistir. Me tocó terminarlo a distancia por una emisora que se llamaba Sutatenza, por ahí lo terminé y gracias a eso es que aprendí a recibir los niños cuando van a nacer. Yo fui partera por más de 35 años, recibí a más de unos mil bebecitos y ninguno se me murió. Cuando quiera le enseño cómo es que se hace eso, mi chinito, para que aprenda; uno no sabe cuándo le pueda tocar una situación de esas.

Una aparición

Ahora que hemos hablado tanto me hizo acordar de una historia que me sucedió cuando estaba jovencita, de cuando iba a amarrar los terneros. Resulta que por el lado de Tres Rastras siempre que pasaba me lanzaba piedritas hasta que un día se me apareció un muchacho mono de ojos azules, con un baloncito brillante y me invitaba a jugar al lado de una laguna que había y así se me presentó como unas tres veces. Como el muchacho se me siguió apareciendo yo le conté a mi papá

y él me dijo que era el mohán y que no debía hacerle caso de lo que me dijera porque o si no el mohán me robaba; que así le había sucedido a una muchacha que se la había llevado y la encerró en una cueva hasta que después de un tiempo la dejó salir al pueblo, con la condición de que no podía mirar a nadie a los ojos, pero como la muchacha no quería volver a la cueva donde la tenía, ella desobedeció y levantó la mirada para dirigirla a las personas que pasaban. Como castigo quedó

desnuda frente a la gente y se la volvió a llevar. Para poder salir ella tuvo que escribir en hojas de gaque y ponerlas en la corriente del agua hasta que la pudieron encontrar. El caso es que para ahuyentar al mohán que me quería llevar tuvieron que afinar un tiple y ponerlo detrás de la puerta del cuarto en el que yo dormía; después fueron y llevaron una serenata por el lugar donde se me aparecía. Ahora ve porque es que yo no creo en brujas, pero de que las hay las hay.

Abuela

Hoy que me encuentro trabajando en el Parque Nacional Natural Chingaza recuerdo muchas de las historias y de las experiencias que tú, mi abuelo y todos sus hijos vivieron en este territorio. Gracias por compartirme muchos de los secretos que alberga este páramo que hoy recorro con seguridad, amor y gran sentido de pertenencia. Me siento orgulloso de tener una abuela como tú, eres un ejemplo de gran mujer.



Historia de vida: Avelino Pedraza

Entrevistadora: Mireya Carreño Leal

Lugar: vereda La Trinidad, municipio de Guasca, Cundinamarca



Las huertas caseras de sus padres

A ver, mis abuelos vivieron en Guasca desde la generación de mi tatarabuelo, mi bisabuelo se llamaba Mateo Días, por parte de mi mamá; y mi papá Avelino, el papá de mi papá y mi abuelita se llamaba Rosario y murió cuando yo tenía once a doce añitos; y por parte de mi papá no tengo recuerdos de mis abuelos. Ellos murieron entre 1936 y 1938, cuando mi papá estaba recién casado; lo que recuerdo de ellos es muy remoto.

Mi niñez transcurrió en Guasca. Soy el séptimo de ocho hermanos, compartí mucho con los tres últimos, cuatro, los demás eran ya mayores. La infancia transcurrió más cuidando el ganado, las ovejas, en las siembras. Mis papás todos los años en los alrededores de la casa sembraban la huerta: maíz, habas, al lado de las habas el sembraba el frijol, papa, papa criolla.

Su legado comienza con las tierras que ahora pertenecen al Parque Chingaza

En el páramo, lo que hoy en día es la cabaña de Siecha y todo esto lo que tienen hoy los Arciniegas y lo que tiene Julio Forero, todo esto era propiedad de mi padre hasta arriba a la laguna pequeña. Se cultivaban trigo, cubios, chugas e ibias.

La infancia fue como muy llevadera, fácil, pues si bien es cierto se colaboraba con las labores de la casa alcanzando agua y leña porque no había las instalaciones que tenemos hoy, ni de gas ni eléctrica ni nada, no había luz, nosotros nos criamos con el fogón de tres piedras y con la vela de cebo. La energía eléctrica llegó a Paso Hondo sobre los años setenta, setenta y dos, más o menos; entonces la infancia era más como el título de aguatero, porque nos ponían mucho a traiga, traiga agua del pozo.

Por los caminos de la vida

En el año 1963 inició, ahí sí, mi secundaria en Zipaquirá. Allí hice dos años y me vine a hacer tercero de bachillero a La Floresta de donde salí normalista; de ahí salí de la normal y pues con la intención de ser hermano Cristiano. Entonces me dieron trabajo en el Instituto La Salle y allá trabajé cuatro años como docente. Después me retiré de la docencia y salí a la vida común y silvestre, a los negocios, la agricultura, ganado y a ver de mis papás, que ya estaban muy enfermitos. Entonces, sobre el año 1976 me devolví para acá para Guasca. Con un gesto de nostalgia en su rostro dice: «¡Mi papá murió en el 77!». Ya pues como que todo cambió, entonces mi mamá quedó solita, quedamos los dos, pues los demás ya iban organizando sus cosas.

Tradiciones del municipio de Guasca

Las fiestas eran con música muy colombiana. Y la comida, sí, yo pienso que sí ha cambiado un poco la preparación, pero igualmente era hacer un buen sancocho o ajiaco; en la casa no faltaban el cordero ni el cerdo. Para las cogiendas de papa siempre mi papá mataba un novillo o para cuando había las segazones de trigo porque esta región era muy triguera, muy segadista, se sembraban el trigo, la avena y la cebada cosa que desapareció. Desafortunadamente, nosotros nos criamos en las pilas de tamo: era una cosa muy simpática.

Sin luz eléctrica

Obviamente que el desarrollo no tiene frenos, claro que la llegada de la luz eléctrica cambió totalmente la cultura de la gente, empezando porque ya no salía uno a recoger la leña a las cinco de la mañana sino que giraba un botón; ya no se hacía el sorbete de curuba machucando las curabas en un talego sino echándolas en la licuadora. La ropa ya no era con la plancha de carbón. Entonces esto cambió totalmente el actuar de las personas: ya no se amarra la vaca con lazo sino se le pone la cuerda eléctrica. Aunque fue todo un proceso y mataron mucho ganado en ese tiempo, las máquinas

que se utilizaban para juetiar el ganado no eran tan populares, entonces poníamos la cuerda eléctrica directa y eso matábamos ganado como un berraco. ¡Hay una gran una sonrisa con algo de picardía! Pero muy chistoso ese proceso de quitar los lazos y pasar a manejar los animales con cuerda.

No, el cambio es total: estar sin la luz eléctrica o sin el teléfono... hoy por hoy tenemos los celulares, el Internet, tenemos todos los avances científicos habidos y por haber.

¿Qué impacto tuvo la entrada de los medios de comunicación?

¡Yo pienso que en las comunicaciones es donde más ha cambiado el mundo! En el caso de la comunicación directa personal, obviamente los celulares nos cambiaron la vida a todos. Hay 43 millones de habitantes y hay 45 millones de celulares, pues ahí no más se da cuenta uno del cambio tan berraco. Hasta el zorrero, el papero; quién no tiene un celular; todo mundo tiene un celular. Eso cambió totalmente la vida de la gente. La comunicación individual se ha vuelto mucho más fluida por toda esta cantidad de vainas. Lo que pasa es que nosotros no nos

hemos dado cuenta de la cantidad de monopolios que hay, que se manejan unos pulpos terribles porque no es que sea muy barata esa comunicación, lo que antes utilizaba para comprar un par de alpargatas o pantalón o una camisa, ahorita no puedes darte esos lujos de comprar ropas o cosas porque tienes que pagar el celular. Se volvió tan indispensable que es más importante pagar la cuenta del celular que comprar mil pesos de pan o dos huevos para su desayuno.

Formas de trabajar: vuelta de brazo, minga o convite, ganar una mano

La comunicación se hacía por medio de gritos o «vaya mijito a caballo –muchas veces en enjalma o en empelo porque no había silla– lleve la razón a su tío, su papá, a su mamá o vaya llame los obreros casa por casa» y era corra uno para lado y lado; llame al vecino al uno, al otro; «vengan y me ayudan. Hoy cortamos el trigo en mi finca y mañana o la semana entrante vamos a hacer el trabajo en su finca», porque no había dinero circulante, no había el pago diario, se trabajaba mucho a vuelta brazo. Entonces funcionaba mucho como la parte social, era

como un tejido social más íntimo. Ahorita no, porque usted vive en su casa y así el vecino no le importa nada. Aunque aquí en el campo todavía se ve solidaridad, pero si miramos la ciudad vemos cómo estamos. Entonces usted puede vivir en medio de diez millones de habitantes pero está solo. Por qué no conoce a nadie en el bus, en el Transmilenio no conoce a nadie que va por la calle, nadie lo saluda; en el supermercado no lo conocen, nadie le fía; mientras acá sale al pueblo o en la misma vereda sale y va a la tienda y le fian, pide mil pesos de pan y una bolsa de leche,

una libra de chocolate y dice: «anote ahí y un día de estos cuadramos». Sí es cierto que el desarrollo y la tecnología han traído avances, pero se ha perdido mucho la sensibilidad social. ¡Expresa con sentimiento de gran tristeza!

Fiestas tradicionales

El San Pedro, el 8 de diciembre, la Semana Santa y Navidad eran muy importantes y religiosos para los católicos. El 8 de diciembre se celebraba el día de la Virgen Inmaculada para todos los católicos. La virgen era muy importante. El 7 de diciembre se celebraba la fiesta de las candelarias que eran las hogueras que hacíamos en todo lado y se competía con el que hiciera la más grande y más chévere, pero normalmente se continuaba con el 8 que era hacer un buen convite (reunión) de la familia y de los amigos para celebrar con quema de pólvora, muy buena comida,

buena chicha, aguardiente y trago, pero generalmente buena chicha y aguardiente porque no se manejaba el trago fino que hoy se ve, el brandy y el whisky, cosas de esas. En esos tiempos era guarapo, aguardiente y cerveza; ya se empezaba a manejar la cerveza.

Los medios de transporte

Antiguamente íbamos a Chiquinquirá a las romerías y uno se iba a pie de aquí hasta Briceño o Zipaquirá, para coger el tren allá. Yo creo que hice una caminata de esas o hicieron conmigo, me llevarían mis padres a tuta o cargado, cuando tenía cuatro o cinco añitos de ir a las romerías y se iba en tren. Las primeras romerías que contaba mi papá eran caminando, eran cuatro o cinco días de ida y estaban allá dos días de adoración, en sus misas, cantos y eran otros tres o cuatro días de regreso. Pero cuando hubo el tren entonces se hacían en este medio de transporte y después ya cuando hubo los carros y las flotas, se hacían en estos.

Pedagogía

Para mí es la pedagogía porque siempre he sido maestro y me gusta enseñarle a la gente, darle a conocer a la gente el páramo.





Historia de vida: Luis Jaime Alméciga

Entrevistadora: Daniela Gómez Velasco

Lugar: vereda La Trinidad, municipio de Guasca, Cundinamarca



Casa Riales, refugio de ilusiones en el páramo

Inicialmente mi familia llegó por segunda vez al páramo, porque mi papá ya había vivido mucho tiempo allá, también mi abuelo y mi bisabuelo, es decir, que llevamos casi cuatro generaciones habitando estas zonas... Mis padres regresaron con nosotros los hijos mayores al páramo, aproximadamente yo tendría unos 2 o 3 añitos de vida. Nosotros llegamos a vivir al sitio denominado como Casa Riales, donde todavía hay unas ruinas. Esa casa inicialmente se construyó para albergar a ingenieros y mineros mucho antes de que llegaran los obreros, es decir, que aquí se alojaba

la gente que estaba haciendo los montajes para la explotación de piedra caliza. En esta casa se construyeron nuestros pasos en el páramo, nuestra niñez fue llena de limitaciones y de una vida muy campesina, sin vecinos. Nuestro vecino más cercano se encontraba a más de una hora de camino en las casas campesinas de Palermo.

Era una finca que quedaba donde hoy están los campamentos de Palacio del acueducto, anteriormente le decían Guácharos a esa zona. Mi papá todo el día trabajando, mi mamá con las labores de la casa como ordeñar las vacas,

cargar la leña, lavar la ropa en la quebrada y nosotros éramos los encargados de apartar los terneros de las vacas por las tardes, esto quiere decir amarrarlos para que no fueran a chupar leche por las noches para poder ordeñar las vacas al otro día. Al siguiente día se ordeñaban las vacas por la mañana y se soltaban junto con los terneros, ellas cogían camino por donde quisieran y en las tardes teníamos que ir a buscarlas, llevarlas cerca de la casa y amarrar a los terneros: esa era la rutina de todos los días.

Otro trabajo de los niños era ayudar a conseguir la leña para cocinar los

alimentos. En tiempo de invierno era terrible porque no se conseguía leña seca. Esa fue la principal labor de toda la estadía allá en el páramo.

Después de dos años de vivir en Casa Riales, nos trasladamos para la ranchita, esa casita en bareque con las paredes ladeadas y ahí vivimos otro tiempo con las mismas rutinas todos los días, pero ahí ya era más fácil porque las vacas estaban más cerca y había potreros. La vida nuestra era con pantalón cortico, las piernitas al aire y el calzado eran cotizas, pero esas cotizas le duraban a uno por ahí ocho días y el resto de tiempo tocaba a pie

limpio, el barro le chiteaba a uno los pies, se los rompía, los deditos se abrían por debajo. Pero, bendito dios, la alimentación nunca nos faltó: había leche de sobra, nosotros vivimos la etapa de la pesca pues en ese tiempo había mucha trucha y también vivimos la cacería, porque mi papá fue cazador. En ese tiempo no era como hoy que es una depredación enorme, digamos antes era como tradición de los Muiscas porque ellos se valían de la fauna pero, además la cuidaban porque era su sustento no la podían destruir del todo, entonces así se usaba allá y así fuimos creciendo.

La mina Cemento Samper

Cuando yo llegué a vivir allá, la fábrica de Cementos Samper ya había iniciado su actividad en la mina de Palacio. Ellos iniciaron labores construyendo una carretera que iba hasta el alto de la mina de Palacio, una vez se construyó la vía fue cuando iniciaron legalmente la explotación de la mina. Recuerdo que antes de eso muchas personas ya habían hecho estudios de geología e ingeniería para la explotación. De hecho mi papá fue uno de los baquianos que acompañó a los geólogos que estudiaron la capacidad de explotación de la mina y los costos para hacer una inversión

tan grande. También acompañó a los ingenieros civiles para otros estudios de viabilidad. Como mi padre era conocedor de la zona lo ocuparon mucho para acompañar a estas personas, no sé quién lo recomendó pero el hecho fue que lo contactaron como guía para estas exploraciones; posteriormente lo contrataron en la empresa y hoy en día es pensionado de Cementos Samper.

Cuando los geólogos vieron que realmente valía la pena la explotación le metieron toda esa inversión principalmente a la vía. Esa carretera la construyeron manualmente, literalmente a pico

y pala, la maquinaria era muy escasa y además como el terreno es tan pantanoso era imposible utilizar *bulldozer* tenían que emplear grandes piedras transportadas en bueyes y mulas y luego le aplicaban recebo. A los bueyes, les hacían una cuestión que se llamaba rastras, las rastras eran como unas plataformas montadas sobre una horqueta de madera, que de cierta forma no fuera tan plana ni tampoco muy pesada, tenía que ser una madera buena, además tenía que ser resistente y liviana. El sitio conocido como Pantano Largo, donde está la curva larga, fue el sitio más complicado

en la construcción de la carretera: ahí votaban los viajes de piedra y estos desaparecían inmediatamente, entonces optaron por llevar madera para buscar piso y después botar la piedra sobre la madera. Realmente eso fue una obra titánica para la época. Después, comenzaron la explotación de la mina cuando ya existía la carretera, hicieron montajes de algunas instalaciones y la piedra la bajaban en camiones hasta la planta de la Siberia.

La Siberia fue la primera planta de cemento en Colombia, la familia Samper fue pionera en explotación de cemento, la explotación de piedra

caliza acá en La Calera para tal fin se inició hacia 1906, inicialmente se hacía a pico y pala y esa piedra se llevaba a Bogotá a lomo de mulas, ya que la planta inicial estaba en el centro de Bogotá. En Colombia no se conocía el cemento hasta que la familia Samper lo importó de Europa. Sin embargo, vale la pena aclarar que el municipio de La Calera ya tenía su nombre cuando inició Samper.

En Bogotá empezó a utilizarse el cemento y a subir el consumo aceleradamente debido al auge de las construcciones a mediados del siglo XX, esto hizo que la empresa aumentara su producción y

entonces comenzaron a buscar a los alrededores sitios de explotación y encontraron la mina de Palacio. Sin embargo, hoy en día ya lo miramos con ojos de ecólogos y vemos el impacto sobre la vegetación, pero también si miramos el balance de la expansión de Bogotá durante el siglo pasado se le debe a esa mina. Así mismo, gracias al cemento y también a la empresa fue posible la construcción de la vía Bogotá-La Calera. Cementos Samper junto con los gobernantes de la época impulsaron el proyecto. Del mismo modo arrancó el desarrollo del municipio y se dio un cambio en

las actividades de La Calera, ya que antes del cemento, la gente vivía de talar bosques, aserríos y leña para producir carbón vegetal, que era el combustible de las cocinas bogotanas. Por tanto, lo que vemos hoy en potreros cuando vamos hacia Chingaza era bosque andino que se destruyó en estas actividades, principalmente la destrucción era impulsada por grandes terratenientes dueños de grandes extensiones de tierra. Los campesinos eran los arrendatarios, que trabajaban

y sembraban en estas tierras, después de realizadas dos siembras el lugar quedaba apto para la ganadería. Así fue desapareciendo el bosque para convertirse en potrero.

Este proceso duró mucho tiempo y de ahí vino el apodo a los calerunos de patiasados porque cuando se produce el carbón vegetal en unos hornos especiales las personas trabajaban a pie limpio, es decir, con los pies sancochados.

Luis Jaime Alméciga y el Parque Chingaza

La entrada de Parques desde la parte ecológica fue algo muy bueno, le dio vida nuevamente al páramo y le dio la oportunidad para que se recuperara, por eso hoy lo vemos tan hermoso. Es más, yo le cuento eso a los visitantes porque actualmente se ve perfectamente conservado.

Pero desde otro punto de vista, nosotros por tener muchos predios conservados en zona de páramo no hemos recibido ningún apoyo. Y al principio cuando no era Parques Nacionales sino Inderena tuvimos mucho conflicto, porque nos mataban el ganado

o si no lo llevaban al coso de otros municipios para que no lo pudiéramos recuperar. En varias ocasiones nuestro ganado lo llevaban a Fómeque y uno se la pasaba en el páramo buscando su ganado, se pasaba el tiempo y no lo encontrábamos.

En una ocasión un guardabosques amenazó a mi papá de muerte porque según él tenía la orden de matar todo lo que no fuera del Parque fuera gente o fueran animales, entonces en ese tiempo se presentó una guerra entre los campesinos y los funcionarios

de Parques. De hecho, en un recorrido que habían programado los funcionarios del Parque la comunidad tomó represalias y les prendió candela por detrás e incendiaron el páramo. Los funcionarios se vieron a gatas para salir ilesos y no tuvieron más alternativa que tirarse la quebrada, todo eso por la presión que el Parque ejerció sobre la gente en ese momento.

Sin embargo, actualmente esa visión cambió totalmente y hay una bonita relación del Parque con las comunidades. Además, el

páramo se mantiene en buenas condiciones de conservación y pienso que es la mejor alternativa. No obstante, los campesinos no tenemos ningún beneficio del Gobierno o de grandes industrias por la conservación de nuestras tierras, ya que somos los que realmente ponemos nuestro gran aporte porque estamos sacrificando nuestra economía. Lo bueno es que la relación con el Parque e incluso con el acueducto ha cambiado muchísimo y por lo menos ahora tenemos un espacio para debatir y opinar.

Laguna de Buitrago

La laguna de Buitrago representa un espacio de conexión con la madre naturaleza, en este espacio siempre se hace una reflexión a los grupos de visitantes sobre la historia del lugar. Se escogió ese espacio como objeto significativo, ya que es muy agradable poder compartir todas las vivencias en torno al páramo con los visitantes y dejar sembrado ese amor por la naturaleza.



The background is a green-tinted photograph of a valley. In the foreground, a river flows through a lush green valley. In the background, there are rolling green hills and mountains under a bright sky. The overall scene is peaceful and natural.

Historia de vida: Eduardo Niño Cuervo

Entrevistadora: Martha Liliana Sarmiento García

Lugar: Monte Redondo, Parque Nacional Natural Chingaza



Proyectos de vida

Yo nací en Medellín, pero desde muy chiquito estoy en Bogotá... Cuando salí de bachillerato comencé a estudiar en la universidad Distrital, ciencias sociales, pero no terminé. Luego comencé a estudiar economía... porque siempre me ha gustado el tema administrativo, más que otra cosa. Alguna vez quise ser como profesor... Vengo de una familia de docentes, todo el cuento de la pedagogía me llamaba la atención, por eso cuando quise estudiar ciencias sociales lo relacionaba más con el tema educativo. Aunque tuve el apoyo de mi familia no terminé ninguna de las dos carreras, fue por cosas más personales.

Mi ambiente era la rumba, con lo ambiental no tenía ninguna relación, no sabía qué era un Parque Nacional, yo de ambientalista no tenía nada. De ambientalista tenía el no arrojar basuras, esa cultura siempre la he tenido por familia, toda la vida siempre he guardado los papelitos en un bolsillo y llego a mi casa a desocupar los bolsillos llenos de basura.

Mi llegada a Parques Nacionales fue más un accidente de la vida, una circunstancia de la vida, yo no pensaba nunca trabajar en Parques Nacionales. Cuando yo estaba trabajando en el DAMA, una tarde me tocó llevar unos

documentos a la oficina de Parques Nacionales que queda en el centro. Cuando estaba esperando el ascensor me di cuenta de que había concursos, después de llevar los papeles a la oficina a la salida me quedé mirando y me di cuenta de que había uno para el Parque Natural Chingaza, yo en medio de mi ignorancia ambiental y de Parques Nacionales, algo había oído de Chingaza por el agua de Bogotá. Yo estaba convencido de que eso era San Rafael, el que queda entre Bogotá y La Calera. Tomé los datos y me presenté al concurso por molestar, hice todo el procedimiento y me gané el concurso.

Corriendo para un incendio

Llegué al Parque hacia finales de enero del 96 y en ese año hubo un verano muy fuerte, al otro día que recién llegué a Monte Redondo me dijeron: «coja un batefuegos» y yo decía «esa escoba para que será», medio me explicaron y corra para un incendio que ha sido uno de los más grandes en el parque por el lado de la laguna Las Bonitas, Laguna Negra... tremenda patoniada, fueron como cinco horas para llegar al incendio. Ahí dije: «no, definitivamente, esto no es para mí». En el incendio había mucha gente, estaba el Acueducto de Bogotá con 15 personas y estábamos como unos seis o siete del parque. Me quedé ese año porque ya no podía

volver a mi cargo en el DAMA y a la par iba a tener mi primer hijo, entonces decidí quedarme ese año, de pronto, sin mucho gusto.

Nosotros fuimos doce personas promedio durante casi diez años, la mayoría era operarios y yo técnico, pero todos cumplíamos funciones de profesional y hacíamos todo lo que había que hacer, y ahí le fui cogiendo en cierta medida aprecio al monte y después dije: «yo me quedo otro año más» y después otro año más y, bueno, ya llevo 20 años.

Educación ambiental como vínculo entre las comunidades y la conservación

El tema de educación ambiental lo hice con dos municipios: San Juanito y Fômeque durante cuatro o cinco años. Me empezó a gustar el cuento, Lora daba un poquito de libertad de cómo actuar y proponer. Obviamente teníamos unos lineamientos, nos reuníamos cada mes muy juiciosos a presentar los avances, la problemática, unas metas en qué íbamos a avanzar. Yo me siento satisfecho por el trabajo que se hizo durante cuatro o cinco años en los municipios.

El trabajo lo realicé principalmente con comunidades divulgando el

Sistema de Parques Nacionales y el Parque Chingaza con las comunidades y padres de familia, porque en esa época nos veían mucho como que éramos parte del acueducto, que nosotros les cuidábamos las cosas al Acueducto de Bogotá. Entonces era separar la empresa de acueducto como la institución que maneja el agua de Bogotá y Parques Nacionales no solo era Chingaza sino que estaba en otros sitios del país cuidando los ecosistemas y también como institución nuestra, pero también mostrábamos que las dos

instituciones compartíamos un mismo territorio.

Con los muchachos fue cuando comenzamos a trabajar con dinámicas hablando de animalitos y plantas, subimos algunos niños al Parque con el apoyo de las alcaldías. Eso fue el primer año, pero ahí fue cuando le quise dar un vuelco al cuento, entonces empecé a trabajar con los muchachos de décimo y once con el servicio social obligatorio queriendo hacer un círculo con los mismos jóvenes y niños. Entonces los traía al parque

seleccionando grupos de entre nueve y diez estudiantes y era hacer el proceso de los dos. Comenzamos con guardaparques voluntarios y al mismo tiempo les buscábamos capacitaciones en la elaboración de proyectos con el SENA. Los estudiantes tenían que hacer su proyecto y aplicarlo a la comunidad educativa de las escuelas o del mismo municipio. Tuvimos procesos que iniciamos con niños de primero hasta quinto y también con grupos de bachillerato desde sexto hasta once.

Los recuerdos del trabajo en las comunidades

Ahora no bajo tanto a San Juanito, por ahí una o dos veces al año, pero cuando llego mucha gente me saluda porque muchos son los niños de esa época que ahora tienen 20 años o los muchachos que estaban en primaria y que ahora tienen 30 años y todavía se acuerdan de mí y me dicen «hola profesor Eduardo»; se acuerdan como profesor porque yo iba continuo porque la educación ambiental era netamente afuera, entonces yo estaba yendo 15 o 20 días a los colegios, o sea, cada turno

laboral iba una vez a Fómeque o a San Juanito, me parecía curioso porque yo quise en algún momento de mi vida ser profesor y mire dónde terminé, siendo profesor. Este esfuerzo de cinco años lo hicimos con el corazón, con mucha entrega por hacer las cosas bien y creo que en algo lo logramos y marcamos en cierta medida al área protegida con las comunidades.

Laguna de Siecha: su conexión desde que lo conocí

Siempre me gustó la Laguna de Siecha por el hecho de estar ahí pegada a la montaña y la vista de cuando está despejado hacia la sabana me parece que tiene una combinación espectacular entre el área protegida y el área de uso humano. Y lo que menos me llamó la atención, no sé por qué, fueron las caminatas que hay por el río Blanco y el kilómetro 8, todo eso de las coloradas. Yo no sé si era por lo larga y pesadas esas caminatas. Yo procuraba sacarles el cuerpo a esas caminatas de Palacio y más bien me iba a apoyar otras porque por ejemplo las caminatas de La Paila eran también largas pero no me disgustaban tanto.

Una historia triste con final feliz

Es una historia de dos niñas, una de siete y otra como de tres añitos que duraron perdidas toda la noche en el monte y preciso yo me encontraba solo en Monte Redondo. Fue un grupo de visitantes que dejaron a dos niñas en el albergue y ellas se salieron a buscar a los papás y terminaron perdidas... fue muy duro para mi, fue una vaina como de...yo quería pensar que estoy soñando... toda la noche buscando a las niñas, obviamente me tocó llamar al jefe del parque, él trajo un grupo del Ejército, acueducto un grupo de la cruz roja, vino defensa civil, amaneció y no las encontramos y era

en un verano con una helada tenaz yo dije “estas niñas se murieron”... no yo estaba decepcionado yo dije “a estas niñas las vamos a encontrar muertas ...!ya que vivas!” y las niñas en camiseta... estábamos reunidos para nuevamente hacer un bloque de búsqueda, claro la mamá ya muerta de dolor y todo, cuando un grupito de la Defensa Civil con dos funcionarios del Parque las encontraron por allá quebrada arriba, las niñas estaban bien, psicológicamente ellas pensaban que los papás eran los que estaban vivos y por eso ellas se mantuvieron vivas, menos mal que no pasó

nada...a mí se me escurrieron las lágrimas y a muchos de los que estábamos ahí berreamos... por eso yo me mido tanto con el ecoturismo, soy consciente de la responsabilidad que tenemos con los grupos y esta experiencia nos dejó muchas lecciones.

El agua

Escogí el agua porque es la razón de ser de Chingaza y a mí personalmente me gusta más el páramo cuando llueve. Me gusta saber que contribuí en algo al cuidado de estos ecosistemas y que, en cierta forma, le estoy dejando un legado a las futuras generaciones.





Historia de vida: Luis Alberto Espino

Entrevistadora: Iriz Lilibeth Forigua Castillo

Lugar: Monte Redondo, Parque Nacional Natural Chingaza



Estas son las tres cualidades que definen el trabajo del hombre que para su cumpleaños del 2015 se despide del Parque Chingaza para disfrutar de su pensión; pero ese adiós será solo el comienzo, el abrir de nuevas puertas en las que espera que la vida le sorprenda, que la aventura y el futuro lo abracen, sin pretensiones, sin exigencias ni peticiones de más.

Y es que es de este modo como que Luis Alberto Espino Castellanos ha vivido siempre, aceptando la vida como viene, trabajando como él dice: «con la gente, por la gente y a pesar de alguna gente».

El hombre nacido el 30 de junio del año 56 en Bogotá, pero criado en Sora, Boyacá, conoce la vida en la naturaleza. Su crianza en el campo con sus abuelos y padres contribuyó en la formación de ese amor por la tierra. Conoce también la vocación de servicio, pues desde muy joven, a los 12 años, fue ayudante de un médico; conoce la trashumancia, cuando se dedicó a frecuentar y recorrer lugares, llegando hasta Ecuador.

Y es que esas vocaciones que fueron puestas al servicio de Parques nacionales no fueron en vano: el trabajo y la disciplina

fueron la constante, pues con la intención de contribuir económicamente a su familia Luis Alberto fue mensajero, mesero, vigilante, camarero, ayudante de construcción, limpiavidrios, cajero profesional, administrador de obra y hasta extra de televisión.

Pero es importante destacar que no era solamente un empleado, a cualquier trabajo que llegaba, y a pesar de las críticas destructivas, las cuales son una de las cosas que Luis Alberto más detesta de algunos granujas, él es proactivo, siempre llegaba a estudiar y aprender de lo que hacía, a mejorar

y a escalar en el mundo laboral, siempre con la consigna de hacer las cosas porque te gustan, por convicción llegar a la acción.

Y por esa misma causa cuando terminó sus estudios –siempre con excelentes notas, pues nunca ha perdido un examen– en los años ochenta fue a dar a tierras cálidas, vacunando contra la malaria, conociendo lugares recónditos de nuestra geografía, y por esa misma vocación y algunos giros de la vida, este administrador agropecuario y técnico en finanzas de la Universidad Nacional Abierta y a Distancia (UNAD) en el año 95 llegó

a presentarse al Parque Nacional Natural Chingaza.

Cuenta Luis Alberto que se presentó solo para recuperarse económicamente, que se iba a quedar solo un par de meses, que cuando tuvo que subir al Parque, el 26 de enero de 1996, creyó que con ese clima no iba a estar cómodo, que era muy lejos; creyó que no iba a ser capaz de adaptarse, pero entonces, en sus propias palabras «vi la vida», y replanteó quedarse seis meses, que se convirtieron en poco más de 19 años.

Al ver esa vida aprendió el valor empírico del conocimiento y

la urgencia de querer hacer, y sí, Luis Alberto hizo de todo: inició como operario mejorando la infraestructura del parque, apoyando los recorridos de ecoturismo, impidiendo el paso a los cazadores, apagando los incendios, haciendo reparaciones, mejorando las vallas de señalización, pasando a hacer archivo y a ser el encargado de las documentaciones de los estudios previos, hacer papeleo y muchas cosas más, muestra de su proactividad o en sus propias palabras: «si hay que pintar, pintamos; si hay que hacer, hacemos».

Lo único que lo detuvo fue una bronquitis crónica, «por estar haciendo lo que quería hacer», que lo mantuvo incapacitado muchas veces, haciendo intermitente el cumplimiento de lo que más que una labor es una vocación.

Vocación que por supuesto trae grandes alegrías, pero también algunas decepciones, como cuando vio amenazada su propia vida al impedirles a unos cazadores el paso; o cuando caminando de Siecha a Piedras Gordas se perdió en la oscuridad y la neblina, empapado y embarrado, sin que nadie se

preocupara por él, recuerdos que turban su mirada, pero a los que no les da tanta importancia, pues para él «hay que trabajar por la gente, para la gente y, muchas veces, a pesar de alguna gente».

Chihuahua, el férreo creyente de «las cosas se hacen hablando», creyente del empirismo para lograr grandes objetivos, asegura que su mote es más antiguo que su llegada al Parque, y que ese mote nace cuando iba al Rancho Mexicano y al Teatro Copelia a escuchar a Jorge Negrete, Pedro Infante y Javier Solís y a inspirarse en sus musas para hacer poesía, un talento que

también ha puesto a disposición del Parque Chingaza.

Y así cierra su ciclo en el Parque Chingaza, esperando que la vida le siga sorprendiendo, le siga dando oportunidades para seguir siendo «simplemente un ser humano que ama la vida, que sufre y que quiere seguir viviendo, pues cuando no hay sueños por soñar, entonces solo queda estar muerto y hay que seguir soñando, seguirse reencauchando en la búsqueda de ser mejor cada día».

Chingaza: territorio de agua donde fluye la vida

Escojo Chingaza porque este lugar me permitió abrir los brazos y sentir de forma más cercana la libertad y la pequeñez del hombre frente a esa inmensidad natural; también porque allí está un recurso vital para millones de personas que es el agua y, por último, porque trabajé en este lugar con la gente y por la gente.



A black bear is sitting in a grassy field with several agave plants. The bear is looking towards the camera. The background is a bright, slightly overexposed sky. The overall scene is a natural, outdoor setting.

Historia de vida: José Falcónides Guzmán Supelano

Entrevistadora: Manuela Cano Burgos

Lugar: Monte Redondo, Parque Nacional Natural Chingaza



Una niñez de arcoíris

En Chingaza, donde se encuentran silencios que vienen viajando de muchos lugares del mundo para descansar en los frailejones y donde el eco de la quebrada canta en voz baja, una mirada de cariño y comprensión acompaña a sus visitantes. Esa mirada imaginable es la del señor José Falcónides Guzmán Supelano, don Guz, como le llamamos de cariño al hombre que ha dado gran parte de su vida por la conservación del Parque Nacional Natural Chingaza.

Don Guz tiene 58 años y lo digo así ya que es un hombre muy saludable y con tanta energía que seguro vivirá muchísimos años más. Él nació en el lindo departamento de Boyacá, en el municipio de Villa de Leiva. Es hijo de Domingo Guzmán y María Ernestina Supelano, hermano de ocho mujeres y dos hombres. Todos ellos, incluyendo a sus abuelos y bisabuelos, fueron oriundos de este municipio.

La niñez de don Guz estuvo llena de alegrías sencillas pero profundas, como correr

en el campo persiguiendo un animalito o ver los múltiples colores del arcoíris. Los años pasaron pronto y esa niñez se fue a descubrir el mundo: hasta los 16 años vivió en casa con sus padres, luego se aventuró a trabajar en Santander en cosas del campo. Años después regresó a Villa de Leyva.

Pasos cortos para un gran camino de aprendizajes

En 1980, don Guz ingresó como funcionario público al Instituto Nacional de los Recursos Naturales Renovables y del Ambiente (Inderena), institución base para la creación del Ministerio de Ambiente. Allí surgió un programa llamado Desarrollo Rural Integrado (DRI), un proyecto donde trabajó en Moniquirá, Boyacá. Su sueldo en esa época era de 4.500 pesos. Durante tres años se relacionó con técnicas topográficas que perfilaron su gusto por el trabajo rural. Fueron sus primeros pasos en un camino de aprendizajes donde ha llegado muy lejos.

¿El páramo de Chingaza? ¿Eso dónde queda?

En 1983, una vez terminado el proyecto DRI, en el mes de julio, es trasladado para el Parque Nacional Natural Chingaza, ¿pero eso dónde queda?, preguntaba él, que sentía incertidumbre porque cuando recibió la noticia no sabía dónde se encontraba ese lugar, nunca sospechó que esta tierra de páramos y bosques andinos le tuviera destinada una vida a la conservación.

Don Guzmán fue trasladado para Chingaza junto con José Efraín Beltrán, y para ellos muchas cosas pasaban por sus

cabezas, sus familias, sus vidas, pero lo que más los inquietaba era saber qué era un páramo y dónde quedaba el tal Parque de Chingaza. Les dijeron: «ustedes van a prestar su servicio como guardabosques», recordó con una sonrisa.

Una vida en la serranía del dios de la noche

Tenía 26 años de edad cuando se fue para Chingaza, y nunca olvidará lo difícil que fue, no conocía a nadie. Justo cuando llegó en junio llovía demasiado y siempre permanecía muy tapado por la niebla.: «el clima ha cambiado, recuerdo que en esas épocas llovía hasta 24 horas por varios días, eso ahora casi no pasa en el páramo».

En esa época, el Parque Chingaza llevaba seis años de haber sido declarado como área protegida y tan solo había seis guardabosques y el jefe del Parque, el ingeniero Édgar Eduardo Segura Quiñones, quien duró cinco años como director.

Para don Guz, el trabajo fue difícil porque no sabía bien lo que tenía que hacer, no conocía la dinámica de un parque, por ello, los primeros días pasaron con incertidumbre.

Semanas después de haber llegado, le empezaron a mostrar el mapa con los sectores y los nombres de las rutas, así se fue ubicando hasta conocer la cartografía. Poco a poco, don Guz se fue formando como todo un guardián de la montaña.

Le voy a decir algo, dice don Guz: «no voy a negar que al principio, con tanta incertidumbre, yo pasé la solicitud de traslado para Boyacá

o Santander, es que yo no conocía lo del páramo, pero menos mal eso nunca pasó y aquí hice mi vida».

Desde hace 32 años, el páramo y los bosques andinos del Parque han dejado conocer a don Guz sus más preciados tesoros: el cóndor, el oso andino, cusumbos, zorros y venados: toda clase de animales silvestres han pasado por sus ojos.

Ires y venires

Trabajar en Chingaza requería que él estuviera veinte días en el Parque y diez días descansando en su casa en Villa de Leyva. Pronto se casaría con Inocencia Ávila y ese amor haría que todo valiera la pena, la distancia, el frío y hasta la soledad. La meta era seguir trabajando para tener un techo propio donde albergar a su familia.

En un principio, la señora Inocencia le decía a don Guz: «vaya, y si no se amaña, pues renuncia». Mientras hablo con don Guz, él se detiene y mira por la ventana y me dice: «el apoyo de ella fue muy importante en

todo esto; yo viajaba y tenía que dejar a mis hijos, que estaban muy pequeños».

En un principio, sus hijos no entendían, pero cuando empezaron a crecer le preguntaban que para dónde se iba, que cuándo volvía y para él no era fácil explicarles; cuando crecieron conocieron Chingaza y quedaron fascinados. Para don Guz valía la pena todo, sentir que estaba cuidando lo poco que queda del medio ambiente y a su vez heredar esa conciencia a sus hijos.

«Vale la pena lo que estoy haciendo, no debo perder la fe y la esperanza, el camino ha sido tan largo, lleno de tantas cosas, de personas bonitas, de sueños, de apoyos y motivos», me decía don Guz mirando al horizonte.

Otra familia nació en Chingaza

Como en el Parque está el embalse de Chuza, que provee de agua a Bogotá, existen diferentes puestos de control donde viven funcionarios de la Empresa de Acueducto de Bogotá; muchas de esas personas se fueron relacionando con don Guz y fueron haciendo grandes amistades, fueron los trabajadores del acueducto quienes más le enseñaron a conocer el territorio.

Teniendo 26 años, era la persona más joven que había en Chingaza y gracias a su carisma empezó a construir una gran relación de familia con todos.

Ya nada haría que don Guz dejara Chingaza: la montaña y la compañía de nuevas personas, lo cautivaron.

El tiempo pasaba y llegó a Chingaza la Fundación Natura, una ONG de conservación que apoyó al Parque contratando personal y comprando equipos. Chingaza, como muchas áreas protegidas nacieron con pocos recursos. Don Guz recuerda cómo les tocaba trabajar sin medios y estar incomunicados. Con la ayuda de la fundación llegó el primer computador, ya que solo se contaba con una máquina de escribir en el Parque.

Al Parque Chingaza comenzaron a ingresar nuevos funcionarios contratados por Fundación Natura: Heriberto Raigozo, Henry Forero y posteriormente Alirio García, quien aparece en la vida de don Guz para construir una amistad incondicional por más de 25 años; años después llegaron Luis Alberto Espino y Eduardo Niño, otros buenos amigos de don Guz que llevan más de 20 años trabajando en el Parque.

La magia del páramo

Ver los ecosistemas del páramo llena de felicidad el corazón de don Guz; ver cómo nace el agua, gota a gota, desde lo más pequeñito en la neblina y cómo se va por las montañas hasta formar un río, llena de tanta alegría su espíritu que se puede observar en su tímida sonrisa y en la suavidad de sus manos cuando lo menciona. ¡Para él es tan gratificante ver que después de tantos años de trabajo esto está bien conservado!

Hay meses en que todo, todo, hasta los rostros de las personas son cubiertos de neblina, eso uno no lo va a ver en otro lugar, eso para mí es único, es lo más lindo, la magia del páramo y ya después de tanto tiempo y con el deber cumplido sé que pronto me voy a jubilar.



Hoy

Fue así como transcurrieron las horas, días, meses y años que se pasaron sin tregua por la vida de don Guz; han sido muchos días llenos de caminatas por las montañas en busca de animales, como la danta que nunca se ha dejado ver o el puma que se sabe que está, pero él no lo ha visto. Otros días se pasan recibiendo visitantes y yendo a escuelas a dar charlas de educación. El tiempo en el páramo se cubrió de gotas de rocío y dejó que don Guzmán se entregara por completo a la causa ambiental.

En sus ratos libres don Guz desarrolló habilidades para pescar; día a día en las madrugadas o los atardeceres uno lo ve bajar con sus lombrices y su caña a encontrarse con sus peces. Él disfruta mucho eso.

Para don Guz, el Parque ha crecido desde todos los puntos de vista, sobre todo en la manera de pensar de la gente sobre la conservación. Dice él: «eso toca es con la gente».

La falta de recursos humanos y financieros en el pasado, evidencia lo luchadores que fueron al superar

las adversidades; sin duda fueron unos guerreros y gracias a eso la conservación del Parque es una realidad. «Yo una vez me tuve que venir a Palacio desde La Calera a pie porque no había transporte. Después nos dieron fue unos caballos, hasta que luego llegaron unas motos y así los carros».

Otros amaneceres de la historia ambiental

El Parque Chingaza tuvo una época fuerte en conflicto armado, enfrentamientos con la fuerza pública que ponían en riesgo la vida de las personas que vivían en Chingaza.

Don Guz muchas veces tuvo que presenciar lo duro de la guerra, no podía salir ni siquiera de la cabaña y mucho menos del Parque. Recuerda muy bien el primer enfrentamiento cuando él estaba en el campamento del acueducto y escuchaba a los milicianos que estaban en la Cuchilla de Chuza.

Estos enfrentamientos duraron más de un año, luego de eso empezó a llegar la fuerza pública y entonces todo volvió a la normalidad. Pese a todo esto, don Guz no pensó en abandonar el Parque, así estuviera en juego su vida.

Se termina este diálogo con don Guzmán, el tiempo de conversar se nos acabó y él se va a pescar porque son las 5:30 de la tarde, lo veo irse mientras pienso que una historia de vida como la de don Guz, evidencia la ausencia del Estado en apoyar más a sus guardianes ambientales,

que son capaces de entregarlo todo más allá de un sentido patriota o utópico. Su historia me permite ver cuán grandes y valerosos pueden llegar a ser los seres humanos que creen en lo que hacen.

Este es un pequeño homenaje en agradecimiento por todo lo que hemos aprendido de don Guz en el Parque Chingaza, por todos sus conocimientos, apoyo y amistad.

Oso andino

Escogí al oso andino porque fui uno de los primeros funcionarios que comenzó con su monitoreo, principalmente acompañando a Robert Márquez de WCS en el 2007. También porque acá, en el Parque Nacional Natural Chingaza, es el único lugar dónde lo he visto. Recuerdo tanto que hace aproximadamente 25 años tuve la fortuna de tener el primer avistamiento de oso en el sector de Piedras Gordas.





Historia de vida: Alirio García Hortúa

Entrevistadora: Luz Amparo Lema

Revisión: Daniela Gómez Velazco

Lugar: sector Siecha, Parque Nacional Natural Chingaza



Alirio García nació el 27 de septiembre de 1951 en la vereda La Caja del municipio de Choachí, Cundinamarca. Su experiencia en el Parque Nacional Natural Chingaza le ha permitido ser un maestro de grandes enseñanzas para las personas que a través del tiempo han contribuido de una u otra manera a la conservación de estos ecosistemas. Hoy por hoy, se siente satisfecho por su trabajo realizado con mucho cariño y dedicación a su labor como guardaparque y sabedor local de su municipio.

Veinte años en el Parque

El 14 de agosto del 2013 cumplí 20 años prestándole servicio al Parque para conservar los recursos naturales y colaborar buscando soluciones a las amenazas que se presentan dentro del mismo (cacería, conflicto oso-ganado) y también afuera con comunidades, autoridades, colegios y escuelas.

Haciendo parte del sistema Chingaza

Yo llegué al Parque en el año de 1985 contratado por una compañía yugoslava llamada Constructor Split, para formar parte de la comisión de topografía. Esta empresa fue la primera que llegó a trabajar en la construcción de los túneles del proyecto Sistema Chingaza del Acueducto. Mi sitio de trabajo era en el túnel de Simaya, el túnel de Ventanas y la carretera de la vía río Blanco kilómetro 0 al kilómetro 12-800, donde se puso toda la

tubería que capta las aguas de los nacimientos de ese sector.

La compañía yugoslava duró trabajando en la zona tres años aproximadamente. Tiempo después entró una compañía llamada Piski. Trabajé como cadenero primero en topografía, este trabajo me permitió conocer a los funcionarios de Inderena, como José Guzmán y al director del parque Carlos Lora.

Su experiencia y conocimiento del oso en el Parque Las Orquídeas

Presté apoyo a funcionarios del Parque Las Orquídeas del departamento de Antioquia, municipios de Frontino, Abriaquí, vereda El Corcovado y Santa Fe de Antioquia. Los recorridos para seguir al oso se hicieron por los sitios Alto Penal, La Capilla, Alto El Junco, Alto Alegría y Los Huecos de Chocholita. Se comenzó en marzo del 2009. Por mi experiencia y conocimiento del oso, presté el apoyo ante el conflicto que se estaba presentando en el municipio de Abriaquí porque estos individuos

estaban comiéndose la producción de chócolos o mazorcas tiernas de las chagras en las comunidades campesinas. La idea era darles alternativas a las comunidades para solucionar el problema sin que mataran al animal, ya que en cada cosecha se cazaban dos o más individuos. Según la historia de la misma comunidad, esto se confirmó observando las pieles y extremidades como manos y patas que adornaban algunas viviendas.

La solución era que sembraran el maíz para alimentar al oso y realizaran actividades de ecoturismo y así ganarse los ingresos con el turismo a cambio del trabajo de la siembra. Se trabajó en la parte ambiental con las comunidades y con la policía ambiental del municipio de Abriaquí y de otros alrededores, en temas como el control de la cacería, tala, quema, además sobre fauna y flora, apoyados por la corporación Corpourabá.

Realidades del conflicto armado en el área protegida

Se tenía temor de los enfrentamientos que podrían ocurrir especialmente en el sector donde yo permanecía, «La casa de la playa». En ese entonces tres personas estábamos asignadas a ese puesto: Alirio García, Arnulfo Pérez y Heriberto Raigozo; sin embargo, solo convivíamos dos porque el otro se encontraba en descanso, con un turno de veinte días de trabajo por diez días de descanso. Las condiciones de comunicación con nuestras familias eran nulas porque no había celulares, únicamente radio de base en Monte Redondo y Piedras Gordas y algunos radios portátiles para la comunicación dentro del Parque.

Recuerdo que una vez salimos de Monte Redondo con Libia Cifuentes y seis pasantes hacia la cordillera El Cristal movilizados en la camioneta Casiopea. Las pasantes se desplazaron hacia la laguna El Árnical donde tenían parcelas de investigación de frailejones y nosotros permanecíamos en la cordillera El Cristal haciendo monitoreo de incendios forestales ya que era época de verano. Cuando observábamos el paisaje con los binoculares fuimos sorprendidos por seis personas de la guerrilla, quienes nos preguntaron qué hacíamos en ese momento y las personas que iban hacia la laguna

qué estaban haciendo. Entonces me preguntaron que si les podía facilitar un poquito de gasolina y nos invitaron a bajar hacia la camioneta, cuando llegamos a la camioneta nos dijeron que teníamos que seguir hacia Rionegro donde se encontraba el jefe de ellos. Llegando al bosque de Rionegro vimos que la zona estaba llena de guerrilleros y otros vehículos detenidos provenientes de otros municipios.

El jefe de ese grupo nos solicitó ubicar la camioneta en un sitio, entregar la llave y continuar con el grupo de guerrilleros hasta nueva orden. Dentro del recorrido pasamos cuatro cordones

de seguridad guerrillera hasta llegar al último jefe que se encontraba en ese sector. En este lugar entregamos los radios de comunicación al encargado y recibimos durante una hora una charla sobre el comportamiento que debíamos tener para no correr riesgos. En este sitio nos encontramos con las pasantes y otro personal retenido en esos sectores. Cayó la tarde y no teníamos alternativa para regresar a nuestro puesto de trabajo, entonces solicité al jefe guerrillero una carpa para acampar, nos alojamos el grupo del Parque. La orden era que la carpa debía ser recogida a las cinco de la mañana.

Permanecimos retenidos por cuatro días, recibiendo a diario charlas sobre la formación de las guerrillas en Colombia debido a los malos gobiernos y a la desigualdad social, en este tiempo nos repartieron poca comida un solo recipiente que compartíamos con el resto del grupo. La información era que nosotros debíamos permanecer allí hasta nueva orden y también nos pidieron que cuando se acercaran los helicópteros del Ejército debíamos escondernos dentro del bosque. Nosotros no entendíamos lo que estaba sucediendo.

Hacia las seis de la tarde del último día nos llamó el jefe encargado y nos

dijo que podíamos salir, nos entregó los radios de comunicación y dijo que recogiéramos la camioneta donde la habíamos dejado, la recomendación era: «ustedes no han visto y no saben nada». Llegamos a la carretera a las diez de la noche aproximadamente y no encontramos la camioneta, entonces tuvimos que desplazarnos caminando hasta el retén La Paila.

Después entendimos que la causa de la retención fue la planeación del atentado contra las válvulas que regulan la presión del agua de la represa Chingaza y del río Guatiquía. La camioneta Casiopea fue encontrada tiempo después en San Juanito, Meta.

Conocimiento y experiencia al servicio de su comunidad

Participé en programas de educación ambiental de Señal Colombia y Canal Capital relacionados con el oso y amenazas de cacería y otras. El último programa se grabó hace dos años y se presentó durante un año.

Visitamos (con dos o tres personas más del parque como Adriana Cifuentes, Eduardo Niño y José Sinisterra) colegios y escuelas de las veredas de La Calera en el colegio El Manzano y Mundo Nuevo; y del municipio de Choachí, la escuela El Rosario y la escuela La Caja y el colegio Chatasugá, dictando charlas de educación ambiental.

En el colegio de Ferralarada del municipio de Choachí fui invitado a dar una charla con los alumnos de grado once sobre los temas de educación ambiental, el Parque Chingaza y flora y fauna. Y también se hizo un programa radial en la emisora del colegio para un programa en vivo.

También he realizado apoyos a diferentes instituciones como alcaldías, Umatas, juntas comunales, corporaciones en gestión con diferentes municipios para el enlace entre el parque y estas instituciones.

Descubriendo y aprendiendo del mundo natural

Se muestran algunas de sus tantas investigaciones en las que ha participado.

Yo llegué al Parque Chingaza contratado por la Fundación Natura en 1994. Durante dos años participé en investigación con roedores como ratones, con trampeo (trampas Sherman metálicas poniendo comida para atraer al animal); el individuo que caía en la trampa se marcaba con un arete en la oreja, para hacerle seguimiento; se hacía por parcelas organizadas y numeradas dentro del bosque de Palacio.

Se realizó un trabajo de levantamiento topográfico dentro del Parque Chingaza y con los

propietarios de las fincas, en los municipios de Choachí y La Calera, apoyando en la logística que consistía en acompañamiento, conocimiento, transporte y reconocimiento de familias propietarias de los predios dentro del parque, reuniones veredales con las comunidades, manejo de documentos y escrituras de propiedad en la parte jurídica dentro de la misma topografía. El trabajo duró aproximadamente un año. A cada municipio y a las veredas aledañas al Parque se les entregó su plano de levantamiento topográfico. El topógrafo se llama Diego Arias y trabaja con Parques Nacionales en la central de Bogotá.

¿Qué hace falta conocer?

Investigar más sobre el número de individuos como osos o venados, para conocer las poblaciones y saber si han aumentado o disminuido. Y aprender a conocer lo que el oso consume, principalmente descubrir si también caza peces ya que sobre eso no ha habido ninguna investigación o información. Y debe considerarse que en las investigaciones se den créditos a las personas que participan directamente.

Los cachorros de raza Pastor Alemán

Los perros Pastor Alemán representan un valor sentimental para Alirio por ser animales que protegen y cuidan la casa: «son animales fieles al hombre y no lo traicionan, en cambio los amigos sí lo traicionan o lo engañan».



